

EL ENIGMA DE MOUNT KOORAN

Kelltom McIntire

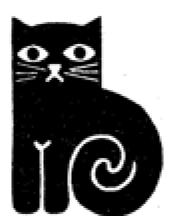
CIENCIA FICCION

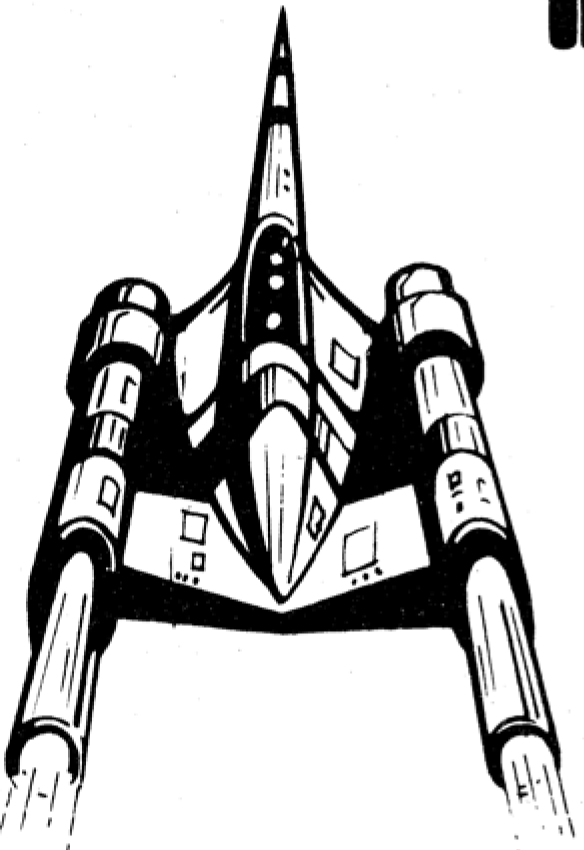


EL ENIGMA DE MOUNT KOORAN

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

564 — *Vacaciones en la Tierra,* Lou Carrigan.

565 — *Piratas espaciales*, Ralph Barby.

566 — *La leyenda de un planeta*, A. Thorkent.

567 — *Apocalipsis en el planeta Istrión*, Ralph Barby.

568 — *Cementerio cósmico*, Curtis Garland.

569 — *Los descendientes del arca*, A. Thorkent.

570 — *La mutación humana*, Lucky Marty.

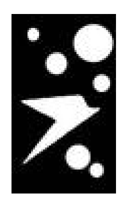
KELLTOM McINTIRE

EL ENIGMA DE MOUNT KOORAN

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 571

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 16.196 – 1981

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: julio, 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N 152. Km 2I.6S0) Barcelona 1981

CAPITULO PRIMERO

Los trabajos de perforación del túnel de Mount Kooran comenzaron a principios de marzo, bajo la dirección del ingeniero Sam Barnett.

Apenas cumplidos los treinta y cuatro años. Barnett poseía ya la experiencia suficiente y un sólido prestigio.

A principios del mes de junio de aquel año, el túnel había avanzado algo más de once kilómetros en las pétreas entrañas de Mount Kooran

No se había producido un solo accidente mortal, motivo este que mantenía la moral alta entre los trabajadores. También la empresa constructora es decir, la Trans-Africa Railways Company, se sentía satisfecha de la marcha de los trabajos y, sobre todo, de haber confiado la construcción del largo túnel al joven Sam Barnett.

Sin embargo, a primeros de junio se quebró la racha de buena suerte. El sábado por la noche del día siete de dicho mes, el ingeniero Barnett se encontraba tomando unas copas en la cercana población de Pike Gardens, cuando recibió un aviso telefónico urgente procedente de Mount Kooran.

En honor a la verdad, hay que decir que se sintió profundamente irritado cuando el camarero le tocó en el hombro. En aquel momento. Barnett rodeaba con su brazo derecho el fino talle de Sally Winters, al tiempo que con la mano izquierda acariciaba el diminuto lóbulo de la oreja de la joven periodista.

—Una llamada para usted desde Mount Kooran, señor Barnett. Dicen que es urgente —acababa de anunciar el camarero de color.

Malhumorado, Sam liberó a Sally —aunque a regañadientes— y se disculpó:

—Un momento, querida. Volveré en seguida.

La rubia señorita Winters asintió con una sonrisa prometedora y añadió:

—No tardes, Sam —plegó los labios en un mohín sumamente erótico y añadió—: Por favor.

Pero estaba decidido que aquella noche no volverían a reunirse. Caminando a largos pasos en pos del camarero, Barnett fue guiado por el empleado hasta la cabina telefónica situada en el vestíbulo del Green Paradis.

Un momento después escuchaba la alterada voz de Bob Prentiss, su ingeniero ayudante.

Sam se alarmó al advertir aquel trémolo de angustia en la voz de Prentiss, un hombre de cuarenta y dos años, grueso, calmoso y flemático por lo regular.

—Escucha, Sam: tienes que salir hacia acá ahora mismo.

—¿Ahora mismo? ¿Quieres explicarme antes qué ha sucedido? Pareces fuera de ti. Vamos, Bob, serénate y cuéntamelo todo tranquilamente.

Al otro lado del hilo telefónico se oyó el jadeo sibilante de Prentiss.

—¿Tranquilamente? Sam, ha ocurrido algo… algo inesperado en el túnel. Cientos de miles de toneladas de roca se han hundido a nuestros pies —Prentiss hablaba atropelladamente—. Se ha… se ha abierto un boquete inmenso tras… tras las últimas explosiones controladas. ¡Dios santo! He visto caer a Vargas, a Koko Gnomo, a Temple… Más de diez hombres han desaparecido tragados por esa sima.

Para Barnett, lo que estaba relatándole Prentiss resultaba incongruente, increíble. Una sólida montaña de granito no puede hundirse como si se tratase de simple mantequilla.

Sin embargo, su ayudante seguía explicándose con una voz alterada por la angustia y la tensión.

—… también se han despeñado dos máquinas perforadoras y una moto-trailla, además de media docena de vagonetas y un tramo de raíl de unos cincuenta metros de longitud. Una densa nube de polvo lo cubre todo, dificultando los trabajos de la brigada de salvamento. Varios hombres han resultado intoxicados y el doctor Sinkus se esfuerza en atender a catorce heridos, la mayoría de los cuales tendrán que ser evacuados urgentemente hacia el hospital. Pero…

—¡Sigue!

—Yo también estoy herido: un pedazo de roca me ha desgarrado el costado izquierdo y probablemente tendré rotas algunas costillas —Prentiss se atragantó— No puedo seguir hablando —añadió, al cabo—.

Lo mejor será que vengas inmediatamente. He enviado un helicóptero a Pike Gardens. Dirígete en seguida al campo de deportes: te recogerán allí. Y, ¡por el amor de Dios! no pierdas un minuto.

La comunicación se interrumpió. Absorto. Sam Barnett contempló con un gesto de asombro el silencioso auricular.

Pero su reacción no tardó en producirse. Salió apresuradamente de la cabina, puso unos billetes en la mano del camarero que aguardaba en el vestíbulo y le encargó que le disculpara con la señorita Winters.

Un momento después conducía un Land Rover a gran velocidad en dirección al campo de deportes de Pike Gardens.

Cuando salía de la ciudad, divisó los intermitentes de situación del aparato que acababa de tomar tierra sobre las pistas de tierra rojiza. Bill Makomo, uno de los pilotos de la compañía, le hizo perentorios gestos con ambas manos cuando el Land-Rover frenó aparatosamente a unos treinta metros del helicóptero.

Ni siquiera cambiaron un saludo. Barnett subió al aparato, el piloto tomó los mandos y el helicóptero se elevó vertiginosamente.

Desde las alturas, Sam contempló, nostálgico, las luces parpadeantes de Pike Gardens.

Pensó en Sally Winters, abandonada en el Green Paradise. Recordó el aroma de sus cortos cabellos rubios, el tacto de su piel, fragante y tersa... Y comenzó a irritarse al compás de su frustración.

Pero Bill Makomo le volvió a la realidad.

— Debió ser horrible, señor Barnett. Dicen que la roca se hundió materialmente bajo los hombres y las máquinas...

Olvidó con un esfuerzo a la encantadora Sally Winters y se concentró en lo que estaba diciendo el piloto.

—...primeros momentos reinó una gran confusión. Yo estaba durmiendo cuando me despertaron. Alguien cuenta que las entrañas de la montaña se estremecieron. Como si se hubiera producido un sismo de gran magnitud, usted me entiende...

Los mil doscientos obreros que trabajaban en la obra se habían dedicado al salvamento de los compañeros que habían resultado heridos en el interior del túnel.

—Los extractores apenas lograban arrancar el denso polvo que

llenaba kilómetros y kilómetros de túnel. Por fin, pudieron avanzar varios automóviles y comenzaron a sacar a los heridos. Tres hombres están gravísimos, Davis, por ejemplo, es posible que pierda ambas piernas... si es que se salva.

El helicóptero seguía elevándose a gran velocidad. Era una noche clara de luna. El plateado satélite enviaba su luz espectral por encima de los picos de Mount Kooran, de casi seis mil metros de altura. Abajo, el relieve de la montaña reflejaba un brillo de cristal tan misterioso como atractivo.

La cordillera comenzaba a perfilarse allá a lo lejos.

—Curioso —pensó Barnett—. Jamás había contemplado Mount Kooran desde las alturas y en una noche de luna. Es extraña su forma... Parece una enorme astronave varada en tierra.

Makomo hablaba sin cesar. También el piloto parecía un tanto nervioso, aunque no tanto como el ingeniero Prentiss.

—... no acabo de comprenderlo, señor Barnett. ¿Es posible que la montaña de granito esté perforada por inmensas y profundas grutas? ¡Parecía tan sólida!

Lo era.

Mucho antes de que la Trans-Africa Railways Company acometiera la atrevida tarea de horadar veintitrés kilómetros de sólida roca, una compañía experimentada en análisis del subsuelo había llevado a cabo exhaustivas comprobaciones geológicas con resultado absolutamente positivo.

Según el informe de los análisis geológicos. Mount Kooran era una compacta masa de granito y mármol. No existían en los senos de la tierra fallas de consideración, galerías subterráneas. grandes depósitos de aguas subálveas ni otro tipo de impedimento grave para la construcción del túnel, el cual —una vez terminado— permitiría el tránsito de trenes y automóviles, facilitando enormemente el transporte de viajeros y mercancías a través de varios países situados en Centro-Africa.

Y ahora...

—... lo que dijo el señor Prentiss.

—¿Qué dijo el señor Prentiss? —preguntó Sam al piloto, súbitamente atento.

—Que deberían paralizarse inmediatamente las obras e informar a la compañía. Al parecer, la sima abierta del túnel es tan profunda que los primeros equipos de salvamento aún no han logrado explorarla siquiera.

Barnett se alarmó aún más, si ello era posible.

Porque aquel imprevisto fallo podría repercutir notablemente en su futuro. Se había hecho cargo de la realización del túnel de Mount Kooran impulsado por la ambición y el ansia de poder y notoriedad.

El éxito no sólo traería para él considerables beneficios económicos, sino también el espaldarazo a su carrera como ingeniero. Y con ello, la posibilidad de introducirse en la más refinada y poderosa sociedad africana.

¿A qué negarlo? Sam Barnett era hijo de un humilde minero. En el seno de su familia había conocido estrecheces, penurias, incluso la miseria. De pequeño. Sam había envidiado las lujosas residencias de los Van de Weere, de los Douglas, de los McKelly. Había visto desfilar ante sus ojos un mundo brillante y fastuoso: elegantes caballeros, bellísimas damas, automóviles flamantes... pero jamás había tenido acceso a la riqueza ni al poder.

Por eso, cuando comenzó a destacar en la realización de importantes obras y proyectos. Sam comprendió que sólo la técnica que dominaba podría abrirle las puertas del paraíso que había envidiado desde niño.

Y, de repente, el incidente del túnel, varios hombres muertos, desaparecidos al menos, numerosos heridos, la interrupción de los trabajos y, posiblemente, el fracaso.

Rechinó los dientes, rabioso.

El helicóptero había logrado ascender hasta la cota donde se iniciaba el túnel: tres mil novecientos metros de altitud.

Allá abajo, sobre el terciopelo negro de la vertiente oeste de Mount Kooran, se veían brillar los potentes focos instalados a pie de obra.

Con precaución, pues aquella zona quedaba en densas penumbras. Makomo hizo evolucionar pausadamente al helicóptero hasta que el aparato descendió sobre la amplia terraza artificial formada con la piedra extraída del túnel.

Todavía giraban las aspas del helicóptero por encima de su cabeza cuando Sam Barnett saltó a tierra.

Uno de las capataces de la obra, Max Stevens, corrió a su encuentro.

—¿Prentiss? —preguntó el ingeniero.

—Acaba de ser evacuado en el otro helicóptero al hospital de Huanwolo.

—¿Evacuado?

—Sufrió un amago de infarto y el doctor Sinkus decidió la evacuación. Lo siento, señor —Stevens se enjugó el sudor de su frente de un rudo manotazo—: como puede ver, han surgido dificultades. ¿Quiere venir conmigo? Creo que ahora necesitamos más que nunca de usted. Es preciso que alguien logre poner orden en este caos.

Barnett asintió con un movimiento de cabeza.

—Vamos allá —dijo caminando decididamente hacia uno de los vehículos eléctricas—. Probablemente todo tendrá solución.

Pero cuando Stevens puso en marcha el vehículo. Barnett se sentía furioso. La mala suerte iba a enviar al diablo sus más ambiciosos proyectos. O esto, al menos, era lo que temía en aquellos momentos.

CAPITULO II

—Es... es increíble —murmuró Barnett.

La siniestra boca de la sima estaba a un paso, pero al ingeniero le costaba un gran esfuerzo creer que lo que estaba viendo fuera realidad.

La roca madre se había desgajado al final del túnel como si un monstruoso cuchillo hubiera sajado las entrañas de la tierra. La abertura horizontal era de unos sesenta metros de anchura. Pero el suelo se había hundido profundamente, de forma que a unos metros de distancia se advertía un vacío insondable.

—Tendremos que bajar... ahí —susurró Barnett, aunque el capataz, que se encontraba cerca de él, no pudo oír sus palabras.

Respiró hondo.

Por fortuna, los heridos estaban atendidos ya. Unos habían sido evacuados al hospital y los menos graves descansaban en el barracón-hospital de la explanada.

Luego, hacia las tres de la madrugada, se había llevado a cabo el recuento. Catorce hombres se habían precipitado a la sima.

Stevens estaba haciéndole el relato de los hechos en aquel momento.

—Después de producirse las explosiones en cadena, entraron en acción los extractores. Pasados unos minutos, di orden a los maquinistas de que procedieran a desescombrar Fue entonces cuando escuchamos aquel fragor horrísono. La tierra tembló bajo nuestros pies y hombres y máquinas fueron engullidos por la sima...

—No puedo entenderlo —respondió Barnett, abstraído en la contemplación del negro abismo.

—Yo tampoco, señor —expresó Max Stevens—, Llevo veinticinco años trabajando en obras de este tipo y jamás tuve una experiencia igual. Créame, señor Barnett: fue horrible ver desaparecer a hombres y máquinas como si se los hubiera tragado el mismo Averno. Incluso por encima del crujido de la roca, pude escuchar los alaridos escalofriantes de los hombres que fueron arrastrados hacia el fondo del abismo.

Sam asintió.

— Vamos a encender esos focos —decidió—. Quiero ver qué hay *ahí abajo*.

Stevens se retiró unos metros para cambiar unas palabras con los electricistas que estaban terminando la instalación de una batería de potentes lámparas reflectoras.

— Alguien pagará por esto —gruñó Barnett entre dientes. Y estaba pensando en la compañía que había llevado a cabo el estudio geológico de las entrañas de Mount Kooran.

Evidentemente, aquellos expertos habían errado, pues al parecer en el seno de la montaña existía una caverna o sima de grandes proporciones.

Estaba pensando en todo ello, cuando brotó el chorro de luz de los reflectores. Como quiera que la brigada de salvamento había colocado al borde del abismo una sólida barrera metálica provisional. Sam Barnett se aproximó con precaución hasta que sus manos se afianzaron en la baranda.

Se habían llevado a cabo apresuradamente unos sondeos del talud para prever nuevos derrumbamientos, que afortunadamente no eran de esperar por el momento.

Los largos dedos luminosos de los focos perforaban las tinieblas y escrutaban los recovecos del abismo.

Perplejo, asombrado. Barnett contempló una especie de caverna de unos trescientos cincuenta metros de profundidad. La longitud debía ser superior al kilómetro y la anchura no seria inferior a los seiscientos metros.

Inclinando el cuerpo adelante con precaución. Sam contempló, allá abajo, una descomunal pila formada por los colosales fragmentos de roca desprendidos del túnel.

Entre el amasijo de pedruscos, podían verse los hierros retorcidos, destrozados, de varias máquinas pesadas de las utilizadas en la remoción de áridos.

—Es… verdaderamente impresionante —murmuró el capataz Stevens a su lado.

— Impresionante, ésa es la palabra —asintió Barnett, estupefacto.

Giró el tronco sin dejar de afianzarse a la baranda y echó una mirada a los obreros que se encontraban a su espalda. En los rostros de aquellos hombres —rostros tiznados y polvorientos— se reflejaba el estupor, la avidez y… el miedo.

—¿Tienen unos prismáticos a mano? —pidió.

Un obrero le trajo el aparato que pedía. Barnett lo elevó hasta los ojos, graduó la distancia focal y miró con gran avidez.

A través de los prismáticos, podía ver con nitidez los relieves de las moles pétreas desprendidas de las alturas, las siluetas deformadas de las máquinas, un enorme neumático desgajado de su eje, una cadena de oruga destrozada, fragmentos diminutos de cristal templado que brillaban sobre los pedruscos.

Su exclamación atrajo la atención de todos los hombres que le rodeaban.

—¿Qué…? —gruñó Stevens.

—Es extraño. Es posible que algunos de nuestros hombres fueran sepultados bajo esas enormes moles, pero resulta incomprensible que no aparezca ningún cadáver a la vista —expresó.

Stevens tendió la mano y el ingeniero le entregó los prismáticos. Transcurrido un instante, el capataz le devolvió el aparato. En las facciones de Stevens estaba marcado el estupor.

—Tiene razón, es incomprensible. No he logrado ver un solo cuerpo. Sin embargo, es posible que todos fueran atrapados bajo las rocas.

Barnett sonrió sin ganas.

—¿Eso es lo que cree, Max? ¿Olvida que la densidad de las rocas es varias veces superior a la de un cuerpo humano? Aunque rocas y hombres cayeran al mismo tiempo, esas moles llegarían al fondo de la sima mucho antes. En consecuencia, los cuerpos de nuestros obreros deberían aparecer sobre los escombros, ¿no cree?

Stevens desvió la mirada, muy embarazado.

—Tiene razón, señor —concedió—. No había pensado en ello.

Barnett no pareció reparar en su tribulación. Retirándose unos pasos, cambió impresiones con los hombres de la brigada de salvamento. Dio luego algunas instrucciones para que fuera instalado

un montacargas de emergencia sobre el marco de la sima, operación que comenzaron inmediatamente los obreros.

Una hora después, el montacargas estaba instalado y dispuesto a funcionar.

—Vamos allá —pronunció Barnett entonces.

—¿Cómo? —se asombró el capataz—, ¿Piensa usted bajar ahí?

En los ojos pardos de Sam Barnett brilló una pizca de ironía.

—¿Por qué no? —exclamó, sin darle importancia—, Al fin y al cabo, es posible que usted tenga parte de razón, Max: nuestros hombres pudieron quedar atrapados dentro de las máquinas. Y en ese caso, también mi ayuda puede ser necesaria.

Stevens le detuvo por un hombro. Tenía el capataz unas manazas muy duras y los dedos apretaban de firme.

—¡Espere! Aún no hemos podido ver la bóveda de esa caverna, pues no hay ángulo suficiente para ello, pero ¿quién nos asegura que no se produzcan nuevos derrumbamientos desde el techo?

Barnett se desprendió de la mano del capataz sin rudeza.

—Es un riesgo que tenemos que correr, Max —respondió—. De todas formas, en cuanto hayamos descendido unos metros en el montacargas, estaremos en posición de examinar esa bóveda. Le prometo que si observo algo anormal, subiremos en seguida.

Subió él primero al montacargas y aguardó a que diez hombres de la brigada de salvamento se instalaran en él.

Así era Sam Barnett. Podría acusársele de ambicioso, engreído, indiferente, egoísta... Pero nadie podría llamarle pusilánime ni cobarde. Después de analizar fríamente la situación, sabía cual era su deber. Y se ponía en marcha, seguro de sí mismo.

El montacargas comenzó a descender, despacio, descolgando en el vacío a los once hombres.

No era una impresión muy agradable aquella de bajar hacia las profundidades en medio de la penumbra, toda vez que los reflectores no alcanzaban a iluminar directamente la cornisa junto a la que descendía el montacargas.

Unos cincuenta metros más abajo, la bóveda de la colosal nave

subterránea era visible ahora. Aunque el techo quedaba en penumbras. Sam comprobó que su forma era semicilíndrica y regular en toda su extensión.

Por fortuna, allá arriba no existían grietas o fallas de la roca, por lo que no había que temer nuevos derrumbamientos.

El montacargas seguía descendiendo pausadamente, dirigido por las instrucciones que enviaba por su *walkie-talkie* el jefe de la brigada de salvamento. Jim Angus.

—¡Atención ahora! Estarnos alcanzando la cúspide de esa montaña de escombros —anunció Angus.

El montacargas frenó su descenso, para reanudar muy despacio su avance, hasta que la base entró en contacto con una gran mole rocosa desprendida de las alturas. Entonces se inmovilizó por completo.

—¿Qué ocurre ahí abajo? —chilló en la radio la voz temblorosa del capataz Stevens.

—Ninguna novedad importante —respondió el ingeniero, elevando el aparato que pendía del cuello de Jim Angus—, Vamos a abandonar el montacargas y exploraremos escrupulosamente los escombros y las máquinas. Permanezcan en contacto por radio con nosotros. Después...

Calló de repente, impresionado por la profunda vibración que alcanzaba su voz en la inmensa caverna. Aquella natural caja de resonancia aumentaba el sonido de forma asombrosa.

No tardaron en oír la voz de Stevens.

—No es necesario que utilicemos la radio —dijo—. Desde aquí arriba podemos oírles perfectamente sin necesidad de que alcen la voz. En realidad...

—¿Sí?

—¡Es extraordinario! ¡Incluso podemos oír el jadeo de Jim Angus! ¡Y nos separan casi cuatrocientos metros...! —exclamó el capataz, perplejo.

Barnett y los hombres de la brigada de salvamento quedaron en silencio, observando el fenómeno.

Stevens tenía razón: la radio sobraba. Más aún, bastaría con que cualquiera de los hombres que acababan de descender susurrara algo entre dientes, para que los de arriba lo oyeran perfectamente.

—Vamos a salir del montacargas —anunció el ingeniero. Y abrió la jaula, puso con cautela sus pies en la mole rocosa y esperó a que Angus y sus hombres le imitaran.

Desde allí, alzó los ojos y contempló, fascinado, el chorro azulado que expandían los reflectores situados en el talud superior.

Por desgracia, el ángulo no permitía que los focos iluminaran directamente la montaña de escombros.

A la luz de las lámparas insertas en los cascos de los hombres de Jim Angus, descendieron despacio y comenzaron la exploración.

Dos minutos después se detenían a la altura de una de las máquinas atrapadas entre los pedruscos.

La cabina sobresalía medio metro de entre las rocas, lo que les permitió comprobar que estaba vacía.

—Inconcebible —pensó Barnett.

Catorce hombres se habían despeñado a la sima cuando la roca del suelo cedió. Habían transcurrido más de tres horas desde que se produjera el accidente, de modo que no era de esperar hallar a ningún superviviente.

—¿Quién podría sobrevivir después de estrellarse contra el suelo desde cuatrocientos metros de altura? —se preguntó Sam, preocupado y entristecido.

Parecía lógico que no encontrasen a nadie con vida, pues.

—Pero, ¿y sus cadáveres?

Debían hallarse en algún sitio. Probablemente, sepultados bajo cientos de miles de toneladas de piedra y tierra.

—Finalmente, es posible que Max Stevens tenga razón. Buscaremos los cadáveres bajo las rocas —decidió.

Uno de los hombres de la brigada de salvamento estornudó violentamente y los muros de la caverna devolvieron al poco un horrísono fragor que hería los oídos.

De pronto, todos comenzaron a estornudar tan rudamente que la sima se convirtió en una cámara fónica de torturas.

—¡Señor Barnett! —a Jim Angus le castañeteaban los dientes—, ¡Nos estamos congelando!

Sam se palpó los desnudos brazos y los halló yertos.

—¡Dios santo! Es… estoy ti… tiritando —exclamó.

Balbuciente, dio la orden de regresar urgentemente al montacargas, pero cuando él mismo comenzó a remontar la montaña de escombros, sus pies resbalaron y cayó pesadamente sobre los pedruscos.

En aquel momento comprendió que jamás podría llegar por sus propios medios hasta el montacargas. Sus piernas, ateridas, yertas, eran incapaces de dar un solo paso.

Aterrado, miró hacia abajo y vio a sus hombres caídos en tierra, lo mismo que él. De sus bocas apenas brotaba un poco de vaho que se congelaría en escasos segundos.

CAPITULO III

Clara Van DeWeere no era lo que podría llamarse una mujer hermosa.

De rostro excesivamente alargado, caballuno, sus facciones eran muy acentuadas, duras y frías. Tenía una mandíbula prognática, una nariz larga, boca pequeña y pómulos muy marcados.

Las suyas eran unas facciones ciertamente acusadas, de gran personalidad, pero tan imperfectas que necesitaban horas y horas de tratamiento estético para resultar pasables. Naturalmente. Robert Van DeWeere podía dedicar una cantidad enorme de dinero a su única hija. Es fácil imaginar que el presupuesto de belleza de Clara Van DeWeere ascendería anualmente a una cifra exorbitante.

Inteligentemente maquillada por un famoso esteticista, peinada de forma que se disimulara un tanto su alargado rostro. Clara resultaba ciertamente pasable. Además, y quizá para compensar el escaso atractivo de su rostro, la naturaleza le había proporcionado un cuerpo delgado, esbelto y armónico.

Desde luego, no era el tipo de mujer que hiciera ir de cabeza a un hombre tan apuesto como el ingeniero Barnett.

Pero a fin de cuentas, ¿qué le importaba a Sam que Clara Van DeWeere no fuera una reina de belleza?

Tenía *dinero*, dinero a montones.

Y esto si interesaba a Sam Barnett.

Su ambicioso plan relacionado con Clara comenzó a gestarse cuando el señor Van DeWeere le invitó a la fiesta que dio un viernes en Honkolo Park, una mansión de seiscientas hectáreas propiedad de la familia.

Aunque no se especificara, la fiesta venía a ser una especie de homenaje al propio Barnett. Sumamente inteligente. Robert DeWeere, presidente de la Trans-Africa Railways Company, había advertido sutilmente las inclinaciones ambiciosas del joven ingeniero.

Para un individuo como Van DeWeere, que había amasado una fortuna colosal, que un hombre joven fuera ambicioso no era precisamente un defecto, sino una virtud imprescindible.

Pero al multimillonario sólo le importaba la realización del túnel de Mount Kooran.

—Barnett trabajará con mayor entusiasmo después de vivir, aunque sólo sea por un día, el ambiente en que vivimos los que poseemos dinero y poder —pensó.

A propósito, Barnett se hizo esperar un tanto aquella noche, de forma que llegó a Honkolo Park muy cerca de las once.

Si Van DeWeere se proponía deslumbrarle, lo consiguió plenamente. Un impecable lacayo negro recogió su coche y un estirado mayordomo inglés le introdujo en el fastuoso palacio de verano.

La fiesta se celebraba al aire libre, en un amplísimo patio interior, rodeado de vergeles y flores exóticas.

Unos trescientos invitados elegantemente vestidos departían en pequeños grupos, picaban manjares selectos en el *buffett*, bromeaban en los apartados cenadores o evolucionaban en la pista de baile, próxima a la cual una orquesta americana interpretaba dulzonas melodías lentas.

Sam pudo reconocer a importantes personajes de las finanzas, la banca y la política. Pero sus ojos, irremediablemente, se sentían atraídos por las mujeres. Mujeres esbeltas, bellísimas, vestidas de seda, de gasa, de tul: brillantes, esmeraldas y rubíes brillaban en los cuellos, en los cabellos, y en los brazos de aquellas maravillosas hembras que formaban la *hight society* centroafricana.

De improviso. Robert Van DeWeere en persona abandonó un grupo de caballeros para venir a recibirle.

Un honor, un verdadero honor. Van DeWeere sonreía cordialmente y no hizo ninguna alusión al retraso de su invitado.

—Venga conmigo. Sam. Quiero que conozca a mi hija, Clara —anunció.

Clara estaba de espaldas, junto a la mesa de cócteles. Los ojos de Barnett admiraron, ávidos, aquella espalda bronceada que la gasa azul del vestido destacaba maravillosamente. Reparó en los brillantes cabellos rojos, en el airoso cuello, en los finos y torneados brazos, en la cintura apenas existente por lo estrecha, en la delicada curva de las caderas, en los preciosos pies calzados con elegantes zapatos de ante azul...

—Clara...

Ella se volvió al oír la voz de su padre. Y a Sam Barnett se le cayó el alma a los píes al contemplar las imperfectas facciones de la mujer. Evidentemente, aquel rostro no se correspondía con una silueta tan fina y llena de gracia.

Hizo de tripas corazón y pronunció unas frases amables. No le costó un gran esfuerzo. Se sentía agradecido a Robert Van DeWeere que le había abierto las puertas del paraíso y estaba dispuesto a mostrarse amable, simpático, incluso encantador. Sabía serlo y *quería* serlo.

Clara le invitó a una copa. Charlaron. Desde el primer momento. Sam captó el brillo admirativo de los ojos violeta de Clara: había causado a la joven una buenísima impresión, de esto estaba seguro.

Descubrió que, si bien Clara no era una mujer bella, poseía una fina sensibilidad y una inteligencia fuera de lo común.

Fue aquella noche cuando Sam Barnett puso en marcha su «Máquina de fabricar ideas». ¿La idea? Sólo una: encandilar a Clara, enamorarla, casarse con ella. Después...

Bien, aguantaría unos años, sería exteriormente un marido modelo. Luego, podría seguir frecuentando el *bungalow* de Sally Winters, que jamás le había hecho ascos a una intensa noche de amor con Sam Barnett. Verdaderamente. Sally era excesivamente superficial, coqueta y voluble, pero a cambio era hermosa y complaciente, tan ardiente como una gata en celo.

Las cosas estaban claras para Barnett: alcanzar prestigio y dinero mediante la unión con Clara Van DeWeere.

A partir de allí, obró con toda astucia. Sencillo: bastaba con hacerse desear.

Por tanto, después de aquella maravillosa noche en Honkolo Park no cayó en la trampa de llamar por teléfono a Clara y mostrarse rendidamente cautivado.

Nada de eso. Empezó a trabajar en Mount Kooran y procuró olvidarse de su ambicioso proyecto.

Dos días después. Clara Van DeWeere llegó a Mount Kooran a bordo de un helicóptero. Oficialmente, sólo le interesaba echar un vistazo a las obras. Pero en realidad sólo buscaba establecer contacto con Sam.

El se mostró amable, pero sin dar ninguna muestra de adulación a la hija del hombre que había decidido horadar las entrañas de Mount Kooran.

Clara, que sólo pensaba permanecer en el campamento una hora, se quedó hasta el atardecer.

Cuando se despedían al pie del helicóptero, ella dijo como al azar:

—Mis amigos han organizado una partida de caza para el fin de semana. ¿Le gustaría venir, Sam?

Barnett se mostró confuso.

—Me encantaría, pero... confieso que apenas sé empuñar un arma de fuego —dijo.

—No importa —los ojos violetas de Clara brillaron radiantes—. Yo le enseñaré a tirar.

Luego el helicóptero ascendió y se perdió en las gargantas de Sewella.

Sam sonreía.

Había mentido cuando dijo que no sabía utilizar armas de fuego. En realidad, era un tirador excepcional y conocía cuanto es preciso saber acerca de la caza mayor. Pero su mentira estaba justificada.

El próximo viernes, Clara fue a buscarle en un Land Rover a su residencia en Pike Gardens, aquella pequeña ciudad que había erigido, piedra a piedra. Robert Van DeWeere, como base para los millares de personas que empleaba en aquella zona.

¿Destino? —preguntó él, alegremente.

—La sabana de Rain Falls. Hemos obtenido permiso para abatir a un viejo león que ha probado varias veces carne humana.

—¡Huy, qué miedo! ¿Seguro que no habrá peligro? —bromeó él.

—Por supuesto que no. Llevamos un guía oficial, un expertísimo cazador. Se trata de Kurd Henrik, un holandés que lleva cuarenta años en Africa. ¿Vamos?

Sam saltó ágilmente al interior del coche y partieron. En el motel de Rain Falls se reunieron con Henrik y otros seis jóvenes de uno y otro sexo.

Cuando ella le presentó a sus amigas. Barnett se llevó la primera sorpresa. Aquellos jóvenes no eran los acostumbrados «hijos de papá», gente podrida de dinero y llena de resabios, sino personas de lo más normal, aunque sólo en cierto sentido.

Allí estaban Bill Cooper, profesor de Universidad. Andrea Papapoulos, un analista. Martha Power, doctora en Medicina, Glen Torri, mecánico de aviones, Cinthy Gold, enfermera de Huanwolo y Nancy Mbolo, una guapísima muchacha de color, experta en cuestiones geológicas y aficionada a la Arqueología y Antropología.

En resumen: no eran hijos de millonarios, sino jóvenes estudiosos y llenos de voluntad que se ganaban la vida con su propio esfuerzo.

Cuando apareció Henrik, el guía. Sam se cubrió los ojos con unas gafas negras e incluso se puso el fresco sombrero de palma trenzada.

Su conducta de aquel momento estaba más que justificada. Años atrás. Sam había participado en un safari, cuyo guía era precisamente Henrik. Se habían sucedido diferentes peripecias, cuando un elefante enloquecido arrolló un automóvil todo-terreno y cargó violentamente contra un grupo de cazadores, los cuales perdieron el valor y huyeron ciegamente.

El único que había conservado la calma junto al guía fue Barnett. Cuando Henrik, rodilla en tierra, se disponía a disparar una bala explosiva de 400 grains contra el elefante, el rifle se le encasquilló.

Fue un momento de gran tensión. La bestia, enfurecida, cargaba como una mole vertiginosa contra los dos hombres cuando Barnett disparó dos veces. El elefante cayó fulminado a pocos metros de distancia de ambos hombres.

Henrik no se había mordido la lengua a la hora de alabar a su compañero.

—Excelente, señor Barnett. De no ser por usted… Buenos puedo decir con gran satisfacción que posee usted todas las dotes de un verdadero cazador. No sólo ha demostrado valor y sangre fría, sino una puntería envidiable.

Si ahora Henrik le reconocía, la superchería de Barnett al afirmar a Clara que no sabia utilizar un arma quedaría de manifiesto.

Por fortuna, el viejo cazador no pareció reconocerle y todos subieron a los coches y partieron hacia la sabana.

Por desgracia, el viejo león devorador de hombres no apareció por

ninguna parte a lo largo de la primera jornada.

Pero Clara se dedicó con entusiasmo a enseñar la técnica del disparo a Sam Barnett. Le ayudaba a sujetar el rifle, le recomendaba que contuviera el aliento después de presionar ligeramente el gatillo, le abrazaba sin proponérselo…

El cañón del rifle fue bajando lentamente y de pronto ambos se sorprendieron a sí mismos íntimamente abrazados y besándose con ansiedad.

Sam podía haberla poseído allí mismo, pues ella vibraba locamente bajo las yemas de sus dedos. Pero un hombre como Sam Barnett jamás cometería semejante estupidez. Era preciso avanzar paso a paso, sin cometer el menor error.

La oyó susurrar ingenua y apasionada palabras de amor y respondió con un abrazo largo, lento y turbador.

Hasta que se oyó la voz de Henrik, llamándoles. Fue una suerte, pues Clara había llegado para entonces a un intensísimo grado de excitación erótica.

Ella se separó, ruborosa, y trató de recomponer su aspecto apresuradamente.

Esa noche, cenaron en el motel a la luz de las velas. Más tarde bailaron íntimamente abrazados bajo la luz de la luna.

—Sam, creo que estoy enamorada de ti. ¿Por qué no…?

—¿Enamorada o… simplemente deslumbrada? —respondió él con voz ronca—. Escucha, Clara, es mejor que no obremos a la ligera, quiero estar seguro de que me amas. Mis pensamientos están claros en este asunto: no me casaré con una mujer que no esté sinceramente enamorada de mí. Yo también… Pero dejemos eso, pequeña. Es mejor que las cosas vayan despacio. Asegurémonos de que no se trata de un simple y ardoroso *flirt*. Y después…

Ella asintió dulcemente.

—Tienes razón. Sam. ¿Qué habrás pensado de mí?

—No pienso *de ti*, sino *en ti*. Y me gustas, cariño.

Se vieron a menudo a partir de entonces. Pero Barnett no sólo veía a Clara. También, aunque a escondidas, a Sally Winters, mil veces más deseable que miss Van DeWeere.

Podía asegurar que Clara estaba rendidamente enamorada de él sin temor a equivocarse. Robert Van DeWeere sabía que ambos salían juntos. Y no parecía disgustarle Barnett como esposo de su hija.

Bastaría, pues, que Sam dijera una sola palabra y Clara se apresuraría a anunciar formalmente la boda.

Sólo que... Sam Barnett yacía ahora en el hospital de campaña de Mount Kooran, a punto de exhalar el último suspiro.

CAPITULO IV

—Fue una imprudencia, una terrible imprudencia —exclamó, nervioso, el veterano doctor Sinkus—. Debieron proveerse de ropa adecuada.

—Pero... —murmuró el capataz Stevens.

—Los miembros de estos hombres estaban a punto de congelación cuando llegaron arriba. Verdaderamente, yo no puedo explicarme el hecho de que la temperatura fuese bajísima en el fondo de esa sima, pero lo cierto es que hemos tenido que amputar una pierna a Bud Clarks y tres dedos de una mano a Fred Corcoran.

Stevens tragó saliva.

— Lo sé, lo sé —farfulló—. Pero usted no lo sabe todo, doctor.

—¿Qué quiere usted decir, Max?

El fornido hombretón palideció.

— Le diré una cosa, doctor Sinkus —hacía un esfuerzo terrible por evitar que sus labios temblaran—: Cuando descendieron al fondo de la sima la temperatura era de veintidós grados centígrados.

Sinkus le miró, indignado, por encima de las gafas.

—¿Cómo ha dicho?

—Lo ha oído perfectamente. Llevábamos un termómetro. La temperatura era de veintidós grados Y sin embargo, el señor Barnett y los hombres del equipo de salvamento parecían a punto de morir congelados. Les palpamos. Sus cuerpos estaban yertos. La mayoría de ellos había perdido el conocimiento. Sus miembros estaban tan rígidos que hubimos de tomarlos con gran precaución, temerosos de que se quebrasen.

Sinkus parpadeó. Sus gafas de miope temblaron sobre la nariz.

—¡Pero todo eso es absurdo, increíble! —exclamó.

—Yo pienso lo mismo, doctor. Pero es la verdad. Dígame —suplicó —. ¿Cómo se encuentra el señor Barnett?

Sinkus encendió un cigarrillo, del que aspiró una profunda

bocanada de humo que expelió en seguida con un resuello silbante.

—Otro absurdo fenómeno que añadir a la lista, Max. Aunque parezca increíble se está recuperando a marchas forzadas. No puedo comprenderlo —extendió las manos con gran expresividad—. Su pulso había descendido peligrosamente, parecía sumergido en estado de coma. Pero ahora se encuentra casi recuperado. Quería saltar de la cama, de forma que me he visto obligado a inyectarle un sedante. Ahora descansa. Dormirá unas horas. Buena falta le hace. Ahora sólo queda esperar.

Stevens paseó, nervioso, a lo largo de la pequeña estancia.

—Y entre tanto, ¿qué hacemos? —preguntó.

—Usted es el capataz más veterano. En ausencia del señor Barnett y de su ayudante Prentiss, es a usted a quien le toca decidir. Por mi parte, no lo dudaría ni un momento —opinó el médico—. Suspendería inmediatamente los trabajos.

—Pero habrá que avisar a Honkolo Park...

—¿Al señor Van DeWeere? Esperemos a que amanezca. Sam volverá en sí dentro de unas horas. Es a él quien le corresponde avisar al presidente de la compañía, puesto que Sam dirige las obras... Tranquilícese. Max. Siéntese, tómese una taza de té. Todo se arreglará. *Esto* debe tener una explicación plausible.

Stevens se derrumbó sobre una silla.

Tomó con ademán tembloroso la taza de té que el médico acababa de servirle y la apuró ansiosamente.

Pero no podía olvidar aquel desastre ocurrido a partir de las doce de la noche.

La explosión controlada para atacar el granito, el túnel lleno de polvo, los extractores de aire funcionando a toda presión, las palas mecánicas retirando el escombro. Y de pronto, el apocalipsis. Las enormes grietas que se abrían en el suelo, las moles que se desgajaban y caían, el negro boquete de aquella profunda sima, los gritos de terror de los operarios que se despeñaban con las máquinas.

Varios hombres heridos de gravedad, catorce desaparecidos, el ingeniero Barnett y diez hombres más a punto de perecer congelados...

—Max, estás durmiéndote —le dijo el médico en voz baja.

Pero Stevens no respondió. Estaba profundamente dormido.

* * *

Se sentía rabiosamente irritado.

No pensaba ahora en que había estado a punto de perecer congelado. No era eso, pues ni siquiera quería plantearse la solución de aquel enigma. Al menos, por el momento.

Su irritación estaba dirigida sobre todo hacia la Geological Works Lted., empresa responsable de los estudios geológicos de Mount Kooran.

Robert Van DeWeere estaba ya al tanto de la tragedia en el túnel. Hombre práctico por encima de todo. DeWeere no había perdido el tiempo en descifrar el jeroglífico. Se había interesado en primer lugar por los heridos, después por los desaparecidos, por el estado anímico de Sam, por la salud del excelente Prentiss, que se recuperaba en el hospital de Huanwolo... Finalmente, se había ocupado de ponerse en comunicación con la Geological Works Lted.

Naturalmente, la conversación entre Van DeWeere y el director de la empresa de estudias geológicos no había sido excesivamente amable. Los de la Geological se habían equivocado: las entrañas de Mount Kooran estaban horadadas por enormes cavernas en su vertiente oeste y a una altitud de tres mil novecientos metros. Esto era evidente.

—No puede ser —respondió tajante aunque amablemente Humphrey, el director de la compañía de estudios geológicos. Terminamos el estudio en noviembre pasado. En aquella fecha no existían cavernas de esas proporciones en el trazado que ustedes nos propusieron. Tal vez hayan equivocado la dirección del túnel.

— No hay tal equivocación. El túnel sigue exactamente el trazado que le dimos. De modo que es preciso que nos den una explicación. Una explicación urgente, señor Humphrey, o me veré obligado a poner este asunto en manos de mis abogados.

Tras una pausa. Humphrey respondió sin conmoverse:

—Conservemos la calma, señor Van DeWeere. Como recordará, no es el primer trabajo que realizamos para usted o algunas de sus compañías. En todos los casos, nos manifestaron por escrito su agradecimiento por la exactitud de los informes y estudios. ¿Por qué habríamos de equivocarnos ahora? Le enviaré a Mount Kooran a la

persona adecuada para que se entreviste con el director de las obras.

—¿Quién es la persona adecuada? —preguntó Van DeWeere con una chispa de sarcasmo.

—La señorita Mbolo. Es la persona que mejor conoce el asunto, puesto que fue ella precisamente quien realizó la mayoría de las pruebas de la estructura geológica de esa montaña. Ha realizado centenares de estudios para esta empresa y jamás falló.

—Muy bien. Envíe a la señorita Mbolo o a quien quiera que sea. Y procuren encontrar una explicación al asunto —respondió el multimillonario.

—No dude de que ella la encontrará, señor Van DeWeere —pronunció Humphrey, seguro de sí mismo

—Tanto mejor —terminó el presidente de la Trans-Africa Railways Company, a quien siempre le gustaba pronunciar la última palabra.

* * *

Nancy frunció el entrecejo.

—¿Barnett? Es un engreído y un hipócrita. Aún más: siente fobia por las personas de color —gruñó.

—¿Cómo lo sabe? — preguntó Humphrey, perplejo.

—Clara Van DeWeere me invitó a una especie de safari en Rain Falls, hace ya unos meses. Barnett estaba incluido en la partida. Arrugó el ceño cuando me vio y me esquivó evidentemente en todo momento. A mediodía, todos bebimos alegremente del agua de una cantimplora. Todos... excepto Barnett. Decidió no beber después de que lo hice yo. Luego, aunque confidencialmente, le explicó a uno de nuestros amigos que no podía soportar a los negros. Dijo, como disculpa, que no se trataba de animosidad, sino de una especie de repulsión física. Se pone pálido cuando un negro le roza con la piel. ¡Ja, ja, ja! Yo lo hice a propósito varias veces y advertí como su rostro se contraía y se perlaba de sudor.

—No voy a obligarte a ir a Mount Kooran. Nancy, pero el prestigio de esta empresa quedará en entredicho si no le damos una explicación razonable a Van DeWeere. Dicen que han descubierto una caverna de grandes proporciones. ¿Qué sabes tú de eso?

—¿Una caverna? ¡Imposible! —negó Nancy fogosamente.

—Eso mismo le he dicho yo a Van DeWeere. Pero ellos insisten en la historia de la caverna. ¿Por qué no vas allá y lo compruebas *in situ*? De paso, podrías comprobar si el error es de Barnett. Con ello te apuntarías un buen tanto, querida

— ¡Tienes razón. Humphrey! Iré. Y aplastaré a ese engreído —exclamó.

Apresuradamente, abrió un archivo y recogió una colección de mapas y bocetos que guardó cuidadosamente en una gran carpeta.

— Avisa al helicóptero. Estaré en el campo de deportes de Pike Gardens antes de una hora —anunció apresuradamente.

Y abandonó el despacho de Rudolph Humphrey como un torbellino.

* * *

Un muchacho de color penetró en el despacho que Sam Barnett utilizaba en el campamento de Mount Kooran.

—Acaba de llegar la persona que esperaba, señor Barnett —anunció—. ¿Quiere que la haga pasar?

—Si, por favor —respondió el ingeniero, distraído en el estudio de unos planos.

Un momento después golpearon a la puerta.

—Pase —murmuró Sam.

Alzó la mirada vivamente al percibir aquel tenue aroma. Y sus ojos se abrieron desmesuradamente al contemplar aquel maravilloso cuerpo de mujer embutido en pantalones celestes y un fresco suéter ajustado que revelaba turbadoramente unos senos redondos, prietos y erguidos.

—¡Usted! —exclamó Barnett.

Nancy Mbolo captó en seguida el tono. Había sorpresa en aquella exclamación, pero también irritación y disgusto.

—Soy Nancy Mbolo, de Geological Works Lted. El señor Humphrey me ha enviado para entrevistarme con usted. Tengo entendido que han encontrado una gruta. Naturalmente, eso es imposible —habló ella de corrido.

—Naturalmente —respondió el ingeniero, con hiriente sarcasmo.

Estaba preguntándose por qué le habría enviado Humphrey una mujer. Y precisamente de color… aunque fuera una magnífica mujer de raza negra.

Nancy, que le observaba atentamente, advirtió los pensamientos del hombre.

—Usted, señor Barnett, no parece sentir un gran aprecio por las personas de color —dijo con dureza.

Sam inclinó la cabeza con un gesto de cansancio.

—Supongo que ha venido aquí para tratar de un asunto profesional, no para discutir sobre ética social, señorita…

—Mbolo —pronunció Nancy, rápidamente.

—Pues bien, señorita Mbolo: aunque mi intención no es perder el tiempo en cuestiones de principios, le diré que se equivoca. Yo no odio ni guardo ninguna clase de aversión a las gentes de color. Sencillamente, pienso que las distintas razas deben vivir separadas. Es decir, cada raza debe ocupar su lugar.

Nancy se encrespó.

—En ese caso, señor Barnett, permítame decirle que yo estoy en el mío. Es decir. Africa. Aquí situó Dios o la Naturaleza como prefiera, a las gentes de color —habló fogosamente—. Esta es *mi* tierra, señor Barnett. Usted, hombre blanco, no puede decir lo mismo.

La irritación de Sam subió de punto.

Sin embargo, logró dominarse. Examinó fría y lentamente a la bella mujer que tenía enfrente y pronunció:

—Es posible. Sin embargo, usted ni siquiera es una negra pura. Lo revelan sus cabellos lisos, impropios de su raza.

Nancy hinchó su pecho de oxigeno. Al hacerlo, su busto perfectamente modelado destacó aún con más pujanza, lo que puso ligeramente nervioso al ingeniero.

—Quiero explicarle la razón de mis cabellos lisos, señor Barnett —dijo la muchacha—. Hace veintiún siglos, varias legiones romanas penetraron profundamente en el continente negro. El hombre que mandaba a los legionarios era Caius Julius Cenna, que fundó una

magnifica ciudad en el corazón de Africa. ¿No conoce las ruinas de Caia Aurea, situadas en unos sesenta kilómetros de Mount Kooran? Allí estableció su imperio Caius Julius Cenna, tan atraído por el embrujo de Africa, que jamás volvió a la distante Roma...

—Estamos perdiendo un tiempo precioso. Mi deber es...

—¡Déjeme continuar! Por si no lo sabe, hace veintiún siglos. Caius Julius Cenna se casó con una princesa magali, tribu destacada de la raza bantú. Esa fue la única sangre blanca que se incorporó a nuestra etnia, y de ahí vienen mis cabellos lisos. Quiero que sepa algo más: poseo un documento de este Gobierno en el que se me reconoce como princesa magali. Mi familia, pues, nació aquí, y mi genealogía se remonta tan atrás en la Historia, que se marearía usted si tuviera que llegar hasta sus orígenes. Dígame ahora sí no tengo derecho a ocupar un trozo de esta tierra —terminó, furiosa.

Barnett fue a hablar, pero se atragantó y calló.

—Mis antecesores vivían en las laderas de Mount Kooran. Eran cazadores y mineros y conocían perfectamente esta montaña. ¿Sabe qué significa la palabra Kooran? Significa refugio de los dioses —Nancy se interrumpió de repente—. Lo siento, suelo acalorarme con exceso. Ahora, si le parece, podemos tratar el motivo que me ha traído aquí, señor Barnett.

Sam dejó escapar el aire contenido a presión en sus pulmones.

—Está bien, señorita Tbolo...

—Mbolo —rectificó ella, instantáneamente—, Nancy Mbolo, princesa magali.

Una leve sonrisa se insinuó en los labios del apuesto Sam Barnett.

—De acuerdo, alteza —dijo, irónico—. Tratemos, pues, de lo que nos interesa. Se lo planteare con toda sencillez: si usted la persona responsable del estudio geológico que encargamos a su empresa, debo decirle que ha cometido un gravísimo error. Cuando se trabajaba en el kilómetro doce del túnel, una considerable zona de la roca se hundió, descubriendo una enorme sima de casi mil metros de longitud, seiscientos de anchura y casi cuatrocientos de profundidad. El balance de este inesperado accidente no puede ser más trágico. Mi ayudante, Prentiss, sufre un infarto de miocardio, dos docenas de hombres han resultado heridos de diversa gravedad, catorce se despeñaron con sus máquinas hacia las profundidades y aún no han sido hallados, varios hombres del equipo de salvamento han sido victimas de un extraño

fenómeno de congelación y yo mismo he estado a punto de morir, según la opinión del médico del campamento, doctor Sinkus.

Hizo una pausa para observar la expresión de la mujer y añadió:

—Si usted estima que no se ha equivocado, después de conocer el alcance del problema, es que es una persona verdaderamente irresponsable.

Por primera vez. Nancy se inmutó.

—Lo siento —dijo—. Quiero decir que lamento lo ocurrido a sus obreros. Sin embargo, no voy a admitir que cometí un error. ¿Me permite? —desplegó rápidamente su carpeta sobre la mesa de Barnett, concentró sus pensamientos y mostró radiografías, gráficos y mapas—. Vea esto: realizamos severas pruebas con microondas, georadar e incluso un modernísimo aparato a micro-vibraciones. El resultado de todo ello está en estos gráficos. No revelan la menor bolsa, falla o hendidura. Este es el punto exacto. ¿Lo ve?

Barnett asintió.

De repente, se puso en pie.

—Todo eso es correcto, a mis ojos. Pero esa colosal caverna está ahí. He empezado a esbozar una solución: sería posible construir un viaducto de hormigón armado que cruzase la caverna de un extremo a otro, salvando ese vacío. Pero me pregunto si no surgirán nuevas grutas a lo largo del trazado. Verdaderamente, no sé si fiarme de su raciocinio, señorita Tbolo.

—Mbolo —se apresuró a rectificar Nancy.

—¡Está bien. Mbolo! —se impacientó él—. Veo que sólo cabe hacer una cosa: demostrarle que la caverna está ahí. Venga conmigo.

Sam rodeó la mesa y salió rápidamente de la estancia, por lo que la joven tuvo que recoger apresuradamente sus documentos y correr en pos del ingeniero.

A la entrada del túnel les aguardaba un vehículo eléctrico.

Cuando el triccar penetró en la ancha galería y los faros iluminaron el conducto. Nancy no pudo disimular su admiración. En verdad, se trataba de una obra de envergadura excepcional.

El vehículo corría veloz a lo largo de un impresionante túnel de sesenta metros de altura por veinte de luz. En el futuro, rapidísimos

trenes se deslizarían por la derecha de aquel conducto, dejando a la izquierda espacio suficiente para la construcción de una moderna autopista.

Maquinaria pesada y vehículos de todas clases se alineaban junto al muro a lo largo de kilómetros y kilómetros.

Pensativa y silenciosa. Nancy consideró que el hombre capaz de dirigir y llevar a cabo la gigantesca obra, debería ser algo más que un apuesto y engreído racista.

Al fin, el vehículo que conducía un empleado se detuvo. Los hombres de salvamento que permanecían de guardia se acercaron a ellos cuando descendían del triccar.

—Enciendan los focos —indicó Barnett.

Nancy contuvo la respiración.

Aproximándose paso a paso al abismo, sus ojos contemplaron lo que su razón se negaba a aceptar.

Allí estaba la sima, pavorosa. Los focos apenas alcanzaban a iluminar claramente sus distantes paredes.

Al cabo. Barnett se volvió hacia la joven.

—¿Qué me dice ahora? ¿Confiesa que cometió un gravísimo error en el estudio geológico? —preguntó.

Pero Nancy denegó vivamente con la cabeza.

—No puedo confesar tal cosa —dijo—. Por la sencilla razón de que esta gruta *no estaba aquí cuando realizamos el estudio*.

CAPITULO V

Barnett hubo de recurrir a toda su sangre fría para no estallar en palabrotas.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que acaba de oír. Esa caverna no existía cuando hicimos las pruebas de consistencia geológica en Mount Kooran —repitió ella.

Barnett se congestionó.

—¡No sabe lo que dice! —gruñó—. No puedo concebir como un hombre tan sensato como Rudolph Humphrey puso este trabajo en sus manos.

—Señor Barnett, he realizado centenares de trabajos de este tipo. Y jamás me equivoqué. Tampoco me equivoco ahora.

—Pero... Bien. Explíquese. Dice que la caverna no existía en noviembre. No irá a decirme que alguien fue capaz de construir subrepticiamente esta inmensa nave subterránea.

—No lo sé, no encuentro una explicación lógica —Nancy parecía muy confusa. Giró sobre sí misma y dirigió una distraída mirada a los hombres que aguardaban silenciosos detrás de ellos.

Uno de los obreros llevaba unos prismáticos colgados al cuello.

—¿Me permite? —preguntó ella. Y el hombre se apresuró a ofrecerle los prismáticos.

Los graduó y contempló el abismo.

—¿No podrían dar más potencia a la luz? —rogó.

Barnett asintió con un gesto y el electricista manipuló en un transformador móvil.

Durante varios minutos, Nancy escrutó las paredes de la nave subterránea. Al fin, separó los prismáticos de sus rasgados ojos y se volvió hacia Barnett.

—No me he equivocado —murmuró.

—¿Sigue insistiendo en...?

—Señor Barnett, me sorprende que un ingeniero especializado como usted no sea más escrupuloso. Tenga —con un movimiento vivo y enérgico le entregó los prismáticos—, mire atentamente los muros de esa caverna.

Sam obedeció instintivamente.

—¿Qué es lo que ve? —preguntó ella—. Una pared lisa, pulimentada, sin el menor relieve, absolutamente plana, ¿no es cierto?

Barnett asintió sin retirar el aparato óptico de sus ojos

—Las grutas naturales suelen ofrecer asperezas en sus paredes. Hendiduras, salientes, estalactitas. Pero ¿qué es lo que está viendo? Muros verticales, lisos, casi espejeantes de pulidos. No se trata de una gruta natural, sino de una obra llevada a cabo por seres inteligentes.

Barnett jadeó.

Era cierto, absolutamente cierto. Sus ojos veían muros lisos, geométricos, exactos.

¿Cómo no lo habían advertido antes?

En el primer momento, tanto Barnett como sus hombres apenas se habían preocupado de otra cosa que de rescatar a los catorce obreros despeñados. Esa era la causa de que no hubieran observado en seguida las extrañas características de la colosal estancia subterránea.

Pero ahora...

A medida que sus ojos escrutaban los muros de la caverna, una arruga de perplejidad se iba marcando más y más profundamente en su entrecejo.

—No lo entiendo —respondió, al retirar lentamente los prismáticos —. Verdaderamente esto es incomprensible.

Nancy parecía dispuesta a lanzarle algún sarcasmo, pero lo pensó mejor y calló.

—Y usted dice que...

Los diagramas de los sondeos electrónicos son definitivos, señor Barnett...

—Por favor, no pronuncie constantemente «señor Barnett». Llámeme Sam —rogó él, confuso, pero dispuesto a dialogar en un ambiente más distendido.

Como prefiera —respondió ella, sin darle importancia al cambio de actitud del ingeniero—. Le decía que las máquinas que utilizamos no suelen equivocarse. En el diagrama no aparecía ningún seno subterráneo. De modo que no queda sino admitir que esta zona fue vaciada en fecha posterior a noviembre del año pasado.

Sam se secó el sudor de la frente con un pañuelo arrugado. —Pero ¿cómo, con qué objeto?

—No lo sé.

—Es para volverse loco. Pero reflexionemos —se humedeció los labios con la lengua—. Horadar una nave de esas dimensiones, significaría extraer… unos doscientos cincuenta millones de metros cúbicos de granito compacto y duro. Un trabajo así sería imposible de realizar en unos cuantos meses. Pero además…

Nancy había sacado un paquete de Players y le ofreció uno. Sam lo tomó instintivamente. Cuando lo tuvo en los labios, lo separó violentamente. Pero Nancy le estaba observando con fijeza y él volvió a ponerse el cigarrillo en los labios e incluso aceptó la llama del mechero que ella le acercaba.

Dio unas cuantas, profundas, chupadas al cigarrillo. El humo quedó un momento flotando en el aire, pero finalmente fue desplazado lentamente hacia la sima.

—¿Quién sería el loco que acometería una empresa tan delirante? ¿Para qué? No tengo ninguna noticia acerca de autorizaciones del gobierno para llevar a cabo obras de tal magnitud en esta zona. A menos…

—A menos que se trate de un trabajo secreto del propio Gobierno —opinó Nancy.

—¡Imposible! Un refugio atómico o algo así. ¿Es eso lo que piensa? En tal caso, el Gobierno no hubiera autorizado la construcción del túnel, es evidente —Barnett se rascó violentamente los negros y crespos cabellos—. Sólo podría existir una explicación.

—¿Cuál?

—La caverna ha sido construida fraudulentamente por alguna potencia extranjera. Una entidad privada apenas dispondría de los fondos necesarios para llevar a cabo una obra de tal envergadura.

—¿KGB, quizá la CIA? —exclamó Nancy con sarcasmo.

—¡No se burle! El asunto es demasiado serio. Seria preciso informar urgentemente al Gobierno. Nadie sabe la repercusión que un descubrimiento así pudiera tener. Además...

Nancy se había apartado de él unos pasos y fumaba, abstraída, apoyada sobre las planchas metálicas del triccar.

Barnett la siguió en seguida. Y le oyó pronunciar:

—Quizá las leyendas oculten algo de verdad...

—¿Las leyendas? ¿Qué leyendas? —preguntó Sam, muy confuso.

Nancy se volvió hacia él y le miró fijamente.

—En la cultura magali, los conocimientos se transmitían de unos a otros de viva voz, pero con tal fidelidad que muchas historias han llegado intactas a nuestros días sin la menor adulteración. Siempre me atrajo profundamente lo relacionado con los orígenes de mi raza y he comprobado científicamente que algunas leyendas corresponden estrictamente a hechos ocurridos hace docenas de siglos...

—No entiendo...

—Como le expliqué antes, Kooran en dialecto magali significa «Refugio de los Dioses». Pues bien, existe una leyenda que describe la llegada de unos «viajeros del Universo».

—¡Viajeros del Universo!

— Sí. La más antigua leyenda magali describe vívidamente cómo «serpientes voladoras» aparecían en las alturas y descendían sobre las estribaciones de esta montaña. Boo, el cazador, más intrépido que sus contemporáneos, se atrevió a explorar el lugar donde había aterrizado una de aquellas «serpientes voladoras». Nadie sabe lo que Boo descubrió en la montaña, ni él reveló una palabra acerca de su aventura, pero cuando descendió de las alturas traía un «palo luminoso» en su mano derecha y el morral lleno de semillas. El palo luminoso no era otra cosa que una tea encendida (los magali desconocían el fuego) y el morral contenía granos de diversas plantas desconocidas hasta entonces: trigo, algodón, pasto del Sudán...

Barnett la escuchaba con religiosa atención.

—Lo más sorprendente es que las leyendas de diversas épocas siguen insistiendo constantemente acerca de los «viajeros del Universo» y sus «serpientes voladoras». Cualquiera diría que los dioses tenían un interés especial en este lugar —añadió Nancy, pensativa.

Cuando calló. Barnett se agitó, nervioso.

—¿Quiere decir que esa colosal nave subterránea fue construida por alienígenas, por seres llegados de otros mundos? —preguntó.

Ella se volvió hacia la ancha boca de la sima.

—Tal vez —respondió, con una enigmática luz en los ojos-. Tal vez *ellos* estuvieron aquí.

Irritado, Barnett arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisoteó.

—¡Absurdo! No creo una sola palabra de esas historias de extraterrestres. No son otra cosa que simples creaciones literarias —protestó.

—Tiene perfecto derecho a opinar como quiera, señor Barnett —respondió la joven, sin perder la calma.

Devolvió los prismáticos a su dueño, dio las gracias con una sonrisa en los labios y se dirigió al vehículo eléctrico.

—¿Adonde va? —exclamó el ingeniero, vendo en pos de ella.

Nancy se detuvo. Miró fijamente al ingeniero y contestó:

—Creo que nada puedo hacer por usted, señor Barnett. En cuanto a la Geological Works Lted., no nos cabe la menor duda de que esa caverna no estaba ahí en noviembre. El problema es suyo. Posiblemente usted sabrá cómo resolverlo.

—¡Espere!

Sam la detuvo impulsivamente por un brazo cuando Nancy se disponía a subir al triccar. Interiormente Nancy se sintió regocijada.

«El fiero racista —pensó—. No parece tan rudo ni tan orgulloso a esta distancia.»

Barnett, como si hubiera adivinado sus pensamientos, la soltó en seguida.

—Escuche, princesa —ahora pronunció la palabra «princesa» sin el menor sarcasmo—: necesito de usted.

—¿Por qué, para qué?

—¿No lo comprende? Aunque no podamos explicarnos de forma razonable la existencia de esa gruta, lo cierto es que está ahí. Lo que

temo es que existan otras cavernas artificiales semejantes a ésta, lo cual dificultaría enormemente nuestro trabajo.

—¿Está proponiendo a la Geological que realice un nuevo estudio del subsuelo en Mount Kooran?

—Exactamente. Necesito saber a qué atenerme. Naturalmente, será preciso informar al Gobierno. No sé cuál será su reacción, aunque probablemente abrirán una investigación minuciosa después de realizar una exploración. Transcurridas estas actuaciones, se proseguirán los trabajos, pero el problema seguirá estando ahí — Sam señaló la caverna—. Por eso necesito de su ayuda.

— Muy bien. Hablaré con Rudolph Humphrey. El nombrará al equipo que haya de ocuparse del estudio geológico.

—Por favor, señorita Mbolo —Nancy sonrió: por una vez, Barnett no se había equivocado al pronunciar su apellido—. Quédese un momento —Sam consultó su reloj—. Es ya casi la hora del almuerzo. Quédese a comer conmigo. Mientras comemos, discutiremos algunos detalles acerca del trabajo que van a hacer aquí.

—¿No le importa sentar a su mesa a una mujer de color? —preguntó ella, rencorosa.

Las facciones del ingeniero se nublaron.

—Creo que no estuve muy correcto con usted, Nancy. Discúlpeme —carraspeó para disimular su turbación—. Y por favor, quédese.

— Muy bien. Acepto. Y le confieso una cosa: estoy muerta de hambre —exclamó Nancy alegremente.

Subió al vehículo y se despidió de los obreros agitando una mano en alto. Los hombres del equipo, que la habían estado contemplando con simpatía, correspondieron al saludo con decidido entusiasmo.

Ya se disponía el conductor a poner en marcha el triccar, cuando todos se volvieron, espeluznados.

Allá abajo, en las profundidades de la sima, acababa de resonar un grito penetrante.

Aunque Sam Barnett fuera un hombre templado y decidido, advirtió que sus cabellos se erizaban.

CAPITULO VI

Durante unos segundos, todos permanecieron en silencio, rígidos y expectantes. Finalmente, fue la mujer quien rompió el silencio.

—¿Que ha sido eso? —inquirió.

—Alguien ha gritado allá abajo —respondió Sam, obviamente.

Bajó a tierra de un salto y caminó despacio hacia la valla que protegía el borde del abismo.

Aunque bastante impresionada, Nancy le siguió.

Barnett arrebató los prismáticos de manos de uno de sus hombres. Miró a través de las lentes y se volvió despacio.

—¿Qué? —preguntó Nancy con un hilo de voz.

Sam extendió un brazo hacia las profundidades.

—*Están ahí.*

La joven se estremeció.

—¿Están ahí? ¿Quiénes? —inquirió.

Barnett se frotó los párpados con un ademán nervioso.

—Los hombres que se despeñaron —respondió—. Les he visto escalar la montaña de pedruscos. ¡Están vivos!

—Pero ¡eso es imposible, señor Barnett! —exclamo el jefe del equipo de salvamento, aproximándose impulsivamente a la valla.

— Ya lo sé — respondió el ingeniero, tenso—. Parece imposible. Pero ahí están. Vivos. Aunque se despeñaron desde casi cuatrocientos metros de altura.

Lentamente, todos fueron aproximándose al abismo.

Absortos, incrédulos, miraron hacia abajo.

Sam había dicho la verdad, según pudo constatar Nancy.

Allá abajo, diminutos como hormigas en la distancia, catorce hombres trataban de alcanzar la cúspide del considerable montón de

residuos apilados junto al talud.

A la incredulidad y al espanto sucedió la excitación y las nerviosas exclamaciones de asombro.

— ¡Es cierto, es cierto! ¡Ahí están! ¡Dios santo, es increíble!

—¿Qué explicación tiene esto? Esos compañeros deberían estar destrozados, rotos los huesos, reventados sus cuerpos...

De repente, Barnett se separó resueltamente de la valla y llamó la atención de sus hombres.

—Nada de comentarios ahora. Tal vez estemos contemplando un milagro. Pero lo que urge es sacar a esos hombres de ahí. ¡Brown! Utilice la radio del triccar y comuníquese con el capataz Stevens —ordenó, recuperado el control de sí mismo—. Indíquele que haga venir a todos los hombres de la brigada de salvamento. Y que avisen al profesor Sinkus y sus ayudantes sanitarios. ¡Vamos!

Brown corrió hacia el triccar y los demás hombres se apartaron de la sima con un esfuerzo de voluntad considerable.

Barnett repartía instrucciones sin parar. Los hombres reaccionaron al fin y comenzaron a disponer el equipo necesario para el rescate.

Veinte minutos después, el montacargas descendía hacia las profundidades.

Sam Barnett y tres de sus hombres bajaban al fondo de la sima. Por si acaso, llevaban a mano gruesos chaquetones de paño.

Sin embargo, a medida que el montacargas descendía. Sam no advirtió que la temperatura descendiese peligrosamente.

Al fin, el montacargas se apoyó sobre la pila de rocas desprendidas.

Allí estaban Scott, Petrus, Miles. Jones, Roberts. Demart, Prentice, Berts, Shell... hasta catorce hombres. Todos vivos, aunque exhaustos, al borde de sus fuerzas.

Tuvieron que tomarlos en brazos y llevarlos hasta el montacargas. Dos viajes del ascensor fueron suficientes para concluir el rescate.

Cuando Barnett llegó arriba, la agitación era considerable.

Todos gritaban y palpaban a los compañeros rescatados como si acabasen de volver del mismo infierno.

El ingeniero tuvo que alzar su voz para poner orden en aquel desconcierto.

—¡Hagan sitio, apártense! ¡Doctor Sinkus, haga que sus hombres se den prisa! Lleven a los rescatados al hospital. Más tarde tendrán tiempo para hacer todos los comentarios que deseen. ¡Vamos, dense prisa!

Nancy, que observaba a Barnett sin pestañear, no pudo evitar un sentimiento de admiración. Verdaderamente, el ingeniero era un hombre notable. No sólo conservaba la sangre fría cuando era necesario, sino que además sabia hacerse obedecer sin necesidad de utilizar malos modos.

Varios triccars partieron veloces a lo largo del túnel. Los del equipo de salvamento quedaron de guardia y Barnett invitó a Nancy Mbolo a subir al vehículo eléctrico que les había traído.

Sentados frente a frente. Sam dejó escapar un suspiro y alzó la mirada hacia la mujer. Una leve sonrisa distendía los enérgicos labios del ingeniero.

—Nancy, ¿le importaría darme uno de sus cigarrillos? Necesito fumar urgentemente —explicó.

Ella sacó su pitillera, la abrió y le ofreció lo que el hombre pedía.

«Especie de bandido —pensó Nancy, entre enojada y complacida —, Posee la facultad de hacerse odioso, pero también sabe mostrarse adorablemente humano.»

Le ofreció la llama del mechero y él agradeció el gesto ron una rápida inclinación de cabeza.

Barnett ordenó al conductor que arrancara y el vehículo se alejó raudo en dirección al campamento.

Después de dar unas cuantas afanosas chupadas al pitillo. Sam miró a la mujer de color fijamente.

—Creo que tenía usted razón, Nancy. Me refiero a la exactitud de su estudio geológico —comentó.

—Gracias.

—No tiene nada que agradecerme, sino todo lo contrario. Pero compréndalo: todo este condenado asunto es tan enrevesado y misterioso...

Nancy sonrió. Al hacerlo, sus pómulos destacaron más atractivamente, al tiempo que dos preciosos hoyuelos aparecieron a uno y otro lado de su boca.

—Sugestivamente misterioso —apreció ella, con la mirada encendida—, ¿Serán de verdad los «Viajeros del Universo»?

El ceño del ingeniero se frunció y sus labios se plegaron.

—En cuanto a ese tema, soy un verdadero escéptico —respondió disgustado. Hizo una pausa, volvió a fumar, movió la cabeza y añadió —: No, no creo en extraterrestres. Todo este asunto debe tener una explicación más sencilla. Más tarde o más temprano, llegaremos al fondo del asunto. Ya lo verá.

Nancy le miró, divertida.

—Usted adora las soluciones prácticas, concretas, matemáticas... Pero hay cosas en el mundo que no pueden explicarse fácilmente. Verá —se inclinó levemente hacia el hombre—: tenemos un ejemplo de arcano en el rescate de esos catorce hombres. ¿Es normal que no se matasen instantáneamente al estrellarse sobre un suelo pétreo desde cuatrocientos metros de altura?

Barnett no hizo ningún comentario. Reflexionaba.

—Pero hay más enigmas. Por ejemplo, esas alteraciones de la temperatura en el fondo de la caverna que estuvieron a punto de costarle la vida a usted y a otros diez hombres. Al parecer, la temperatura era de veintidós grados. Y de pronto descendió hasta congelar los cuerpos de once hombres, a algunos de los cuales ha habido incluso que amputar uno o dos miembros —Nancy se iba animando a medida que hablaba. Pero aún continuó—. Otro absurdo a añadir a la lista: según el doctor Sinkus, usted estuvo a un paso de la muerte. Y sin embargo se ha recuperado en unas pocas horas y nadie diría, en este momento, que estuvo a punto de perecer.

Sam parpadeó, perplejo.

—Tiene razón, Nancy. Empiezan a ser demasiados enigmas —pronunció en voz baja y reflexiva—. Y demasiados problemas. Espero que los fenómenos inexplicables hayan terminado ya.

Pero se equivocaba.

En realidad, los acontecimientos asombrosos de Mount Kooran no habían hecho sino empezar.

CAPITULO VII

Al atardecer llegaron dos helicópteros a la plataforma del campamento de Mount Kooran.

En el primero de ellos llegaron cuatro importantes personalidades del Gobierno.

En el segundo viajaba el doctor Dave Petronian, un famoso psiquiatra a quien había hecho venir el doctor Sinkus.

El ingeniero Barnett guió a los hombres del Gobierno hasta el borde de la sima. Durante tres horas, fueron tomadas fotografías e incluso se filmaron varios carretes de celuloide.

Más tarde, desde el campamento, los delegados del Gobierno se comunicaron por radio con la sede estatal.

Antes de despedirse, próximo el anochecer, Barnett pidió instrucciones gubernamentales al secretario de la Presidencia.

—¿Instrucciones? —respondió el hosco individuo—. No toquen nada, no bajen a esa sima, abandonen el túnel, estén sobre aviso. En las primeras horas de la mañana, llegará un grupo de especialistas en asuntos de este tipo. También se trasladará aquí un comando especial, que se ocupará de la vigilancia en el túnel hasta nueva orden. Aténganse a las instrucciones del jefe de este comando. Estrictamente.

El gesto de Barnett indicaba claramente que todas aquellas disposiciones gubernamentales le desagradaban.

No hizo ningún comentario. Cuando acompañaba a aquellas personalidades al pie del helicóptero, preguntó al secretario de la Presidencia:

—Dígame, ¿cuál es su opinión personal respecto a esa caverna?

El hombre gruñó algo entre dientes.

—Un embrollo. Un condenado, un maldito embrollo —fue lo único que pudo captar Sam Barnett.

* * *

Estaban lomando unas cervezas frías cuando llegó uno de los ayudantes sanitarios del doctor Sinkus.

—El doctor Petronian quisiera hablar con usted, señor Barnett —dijo.

—Voy inmediatamente —respondió el ingeniero. Y despidió al sanitario.

Terminó de beber su cerveza, miró pensativo la vacía botella y se puso en pie.

—¿Quiere venir conmigo, Nancy? —invitó a la mujer—. Quizá le resulte interesante lo que pueda decirnos Petronian.

Abandonaron el despacho y caminaron hacia el hospital.

Petronian, un hombre delgado pero membrudo, de facciones angulosas y bronceadas, hizo un gesto de extrañeza al ver a Nancy Mbolo, pero finalmente invitó a los recién llegados a sentarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Barnett, preocupado.

Naturalmente, sabía de antemano que Sinkus y Petronian iban a hablarle acerca de los catorce hombres rescatados de la sima, los cuales habían sido hospitalizados en cuanto llegaron al campamento.

Escrutó las facciones del veterano y excelente doctor Sinkus y advirtió en su rostro perplejidad y preocupación.

—Ya sabes por qué he hecho venir al doctor Petronian: los hombres rescatados de la sima daban muestras de sufrir algún tipo de perturbación psíquica...

—Lo sé —asintió Barnett—. Pero ¿no es lógico después de sufrir un trauma semejante? Esos hombres debían estar muertos, en buena lógica. Pero están vivos.

—¡Sí, sí! —Sinkus golpeó su mesa con impaciencia—. Cuando llegaron aquí comenzaron a contar una extraña historia. Cada uno de ellos repitió casi palabra por palabra la misma versión, lo que no deja de ser inquietante. Era... ¿cómo podría explicarme? Como si sufrieran un síndrome de locura colectiva, puesto que lo que contaban era absolutamente descabellado. Tú has estado demasiado ocupado con los del Gobierno, Sam, y no has podido escuchar a esos hombres...

Barnett se movió en su asiento.

—¿Qué fue lo que contaron? —quiso saber.

—Luego se lo explicaremos —intervino el doctor Petronian —. Lo

que nos preocupa principalmente al doctor Sinkus y a mi es que, después de someter a los afectados a diversas pruebas psiquiátricas, hemos llegado a la conclusión de que todos, uno por uno, conservan intacto su equilibrio psíquico.

—Entonces...

—Unos hombres psíquicamente sanos insisten en repetir una historia increíble. Esto es precisamente lo que nos preocupa. Y de ahí nuestro interés en ponerle al tanto del asunto —Petronian se aclaró la garganta con un leve carraspeo y dirigió una discreta mirada a Nancy, que asistía a la conferencia, silenciosa y expectante—. Imagino que podemos contar con la discreción de la señorita Mbolo...

—Absolutamente. Yo respondo de ella —afirmó Sam Barnett tajante.

«Admirable a veces, repulsivo en ocasiones», pensó Nancy. Pero no pudo evitar un sentimiento de agradecimiento hacia el ingeniero.

—Bien —dijo Petronian—. En ese caso, escuchen con atención.

* * *

Eran las doce de la noche.

En el campamento de Mount Kooran, la mayor parte de los empleados de la Trans-Africa Railways Company descansaban ya tras la larga y agotadora jornada.

En realidad, sólo permanecían despiertos los hombres encargados de la vigilancia, dos enfermeros de guardia, el doctor Sinkus y uno de sus enfermos y el director de las obras. Sam Barnett.

Nancy Mbolo había preferido quedarse a dormir en el campamento, aunque a la mañana siguiente pensaba trasladarse a Pike Gardens para entrevistarse con el director de la Geological Works Lted.

A las doce pues, Barnett, intranquilo, decidió visitar al doctor Sinkus, después de comprobar que la luz del despacho del médico permanecía encendida.

En efecto, Sinkus estaba tomando unas notas. Sobre el cenicero humeaba un cigarrillo inglés y a la derecha, dos cubitos de hielo se fundían lentamente en el ancho vaso de whisky.

—Ya veo, tampoco tú puedes dormir, Sam —comentó el médico,

comprensivo, al ver aparecer a Barnett—. Siéntate. ¿Un whisky?

—Sí, gracias. Creo que me vendrá bien.

Sinkus se levantó, fue a la habitación posterior y regresó con un vaso donde tintineaban tres cubitos de hielo y una botella de whisky.

Sirvió a Barnett, se sentó y alzó la mirada.

Barnett bebió un largo trago y dejó escapar un suspiro.

—¿De veras cree usted esa rara historia? —preguntó Sam de repente.

Sinkus sonrió sin ganas.

—¿Qué remedio? Catorce hombres relatan una y otra vez, exactamente, la misma historia. Catorce hombres que se encuentran perfectamente cuerdos. En realidad, mañana mismo podrían ser dados de alta, después de recuperarse de la fatiga y la impresión. Por eso empiezo a creer que cuanto relatan tiene un fondo de verdad, por inquietante que esa verdad pueda resultarnos.

Sam tomó un cigarrillo de la cigarrera de ébano que había sobre la mesa, encendió y fumó con cierta ansiedad.

—Ya —dijo.

Y calló.

Luego, de improviso, se puso en pie impulsivamente.

—Supongo que esos hombres estarán dormidos —suscitó.

—No todos. Ruddy Miles está despierto. Acabo de conversar con él hace unos minutos. ¿Quieres verle?

—Si no hay inconveniente...

—Ninguno. Sólo te impongo una condición: que conserves la calma y charles con Ruddy en voz baja.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Vamos allá?

Sinkus se incorporó y le guió hasta el hospital de campaña donde descansaban los catorce hombres, velados por la atención constante de un enfermero.

Miles alzó la cabeza vivamente al escuchar sus pasos.

—¿Qué tal, Ruddy? —saludó el ingeniero—. Veo que tienes un aspecto formidable.

Miles era un hombre de veinticuatro años, rubio, atlético y muy simpático. Era un universitario frustrado y manejaba actualmente una pesada máquina bulldozer.

Sam conocía su historia. El padre de Ruddy poseía una tienda de comestibles en Huanwolo. El negocio marchaba bien y ello permitió que Ruddy pudiera ir a la Universidad.

Pero la tienda se incendió una noche, accidentalmente, y el padre del muchacho pereció en el brasero.

Como su padre no había tenido la precaución de contratar una póliza de seguros, la familia quedó en la ruina. Ruddy, que tenía otros dos hermanos y una hermana, todos menores que él, se convirtió en el jefe de la familia. No tuvo más remedio que abandonar sus estudios y buscar un empleo con el que poder atender a la subsistencia de su madre y sus hermanos.

En Mount Kooran, Miles era considerado uno de los obreros más expertos y los capataces estaban muy satisfechos de su rendimiento.

Era, desde luego, un joven muy inteligente y voluntarioso. Aunque guardaba sus proyectos en secreto. Barnett había adivinado sus intenciones: ahorrar hasta el último centavo que le sobrara para volver un día a la Universidad y terminar su carrera de Económicas.

—Estoy bien. Gracias por su interés, señor Barnett —respondió Ruddy.

Barnett vaciló.

—Verás, Ruddy, me gustaría hablar un rato contigo —se decidió a exponer—. Naturalmente no quiero fatigarte ni molestarte.

—Estoy deseando charlar con alguien. Me… siento relajado cuando hablo de… de «ello» —respondió el joven.

El doctor Sinkus aproximó una banqueta.

—Siéntate, Sam —invitó—. No alcéis la voz. Yo tengo que volver a mi despacho. Quiero poner en orden unas notas.

Se marchó. Ruddy y el ingeniero cambiaron una mirada.

—Bien, muchacho, cuéntamelo todo —rogó.

CAPITULO VIII

El ingeniero ayudante Prentiss había dado la orden de desescombrar la zona donde se acababan de producir las explosiones controladas.

Ruddy permanecía en la cabina de su enorme bulldozer. Detrás de las pesadas máquinas, una hilera de camiones pesados esperaban ser cargados.

—¡Adelante, Ruddy! —gritó el capataz Stevens.

Miles y otros tres conductores atacaron con sus máquinas el montón de pedruscos.

Justo en aquel momento se dejó oír un crujido profundo, estremecedor, que retumbó por encima del estruendo de los motores.

Ruddy se había adelantado unos metros a los demás. De pronto creyó estar soñando..., ¡aunque su bulldozer marchaba adelante, parecía retroceder!

En un segundo. Ruddy comprendió que algo raro estaba ocurriendo. Realmente su máquina no retrocedía. ¡Era la pared rocosa la que estaba desgajándose del seno de la montaña!

Comprendió instantáneamente que se encontraba en peligro. Maniobró en los mandos, intentó hacer retroceder la máquina...

Inútil, absolutamente inútil...

Lejos de retroceder, la bulldozer se había inclinado hacia adelante y caía.

Una nube de polvo envolvió la cabina donde se hallaba Ruddy. Luego, de improviso, la luz cegadora de las lámparas se esfumó y Ruddy se vio rodeado por las tinieblas.

Se sintió aterrado. Aunque no comprendía muy bien lo que estaba sucediendo. Ruddy Miles notó que su estómago se encogía de pura angustia. Su epigastrio estaba rozándole los pulmones, lo que significaba que hombres y máquinas estaban cayendo vertiginosamente.

En una reacción instintiva, Ruddy gritó con todas sus fuerzas.

Y luego se acurrucó, se hizo materialmente un ovillo, contuvo el aliento.

Era horrible. ¿En qué remoto lugar iban a estrellarse?

—No saldré de ésta —imaginó, aterrado.

Estaba esperando que de un momento a otro la máquina se estrellara sobre el fondo. Porque debía existir un fondo, ¿o no?

En unos segundos, Ruddy recordó a su familia, a su padre, que había hallado una muerte escalofriante en medio de las llamas, a sus compañeros de Universidad, sus amigos, incluso a aquella muchachita de la que había sido novio por unos meses, Margie Arantes.

En aquel momento, la cabina de la bulldozer estalló. Los cristales se desintegraron materialmente y el viento penetró, potente, dentro de la cabina.

Ruddy notó que era absorbido hacia el exterior. ¿Le estaban tomando por los brazos o… se trataba sencillamente de la succión del vacío provocado por la velocidad?

En la oscuridad densa, Ruddy no podía percibir lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Aunque le zumbaban los oídos y se sentía vagamente mareado, el joven no había perdido el conocimiento.

Su impresión era muy extraña.

—Se diría que estoy flotando en el aire —pensó.

Entonces percibió aquel resplandor espectral, de tono azulado. Era una luminosidad que no hacia daño a la vista, pero permitía ver los contornos de aquella increíble caverna en forma de gigantesco paralelepípedo.

Ruddy no podía adivinar de dónde surgía aquella luz azulada, aunque parecía brotar de todas partes y de ninguna.

Pero sí pudo ver la impresionante cascada que formaban las rocas y máquinas al precipitarse al vacío desde las alturas.

Tuvo la impresión de que estaba soñando: las pesadas máquinas de acero, las moles rocosas de docenas de toneladas de peso, *parecían girar en el aire lentamente*, como si la escena estuviera proyectándose a cámara lenta.

«Esto es absurdo —pensó el muchacho—. Probablemente estoy muerto y esto no es otra cosa que un delirio *post-mortem*.»

En cualquier caso, se trataba de un delirio sumamente plástico, con efectos sonoros incluidos, pues cuando las primeras moles rocosas comenzaron a estrellarse contra el fondo de la caverna. Ruddy pudo escuchar claramente el estruendo que se elevaba desde las profundidades.

—Cada vez me siento más débil. Claro que no debe extrañarme de esta sensación, si verdaderamente estoy muerto —dijo en voz alta.

¡Y oyó su propia voz...!

Se palpó los desnudos brazos, se pellizcó. Y sintió dolor.

Se tambaleó y cayó a tierra.

Quedó allí, jadeando, incapaz de moverse, pero lo suficientemente lúcido para darse cuenta de que —inexplicablemente— estaba vivo, reposando sobre el fondo de la caverna.

Estupefacto, alzó la mirada y pudo ver cómo las pesadas máquinas rebotaban contra las rocas y miles de toneladas de escombros formaban lentamente un enorme montón, al pie del talud.

Giró la cabeza.

Alrededor de Ruddy, había otros hombres. ¡Sus compañeros!

Los fue contando uno a uno, dominado por el más vivo asombro. Eran trece, catorce con Ruddy.

Y estaban vivos, aunque derribados en tierra, como él.

La luz lechosa traspasaba la nube de polvo que flotaba en el interior de la colosal estancia subterránea.

Poco a poco, Ruddy fue hallando explicación a la catástrofe: las explosiones habían agrietado y debilitado la bóveda de la caverna. El peso de las máquinas habían hecho el resto, provocando un enorme boquete por el que se habían despeñado hombres y máquinas.

—Es una insensatez, de todos modos: *Una caverna de estas dimensiones no puede existir*.

Pensó que lo mejor era reunirse con sus compañeros, comprobar si alguno de éstos estaba herido y, después pedir ayuda, intentar escapar de aquella monstruosa trampa.

Quiso incorporarse, pero no pudo.

Se sentía exhausto, débil, sin fuerzas suficientes para alzar un brazo.

El único movimiento que le fue posible realizar, y esto con increíble esfuerzo, fue elevar la cabeza y mirar a las alturas.

Allí arriba, en un punto remoto, brillaban luces. La gran boca de la sima semejaba un pequeño círculo en la distancia.

Pero desde lo alto provenían ayes, maldiciones y órdenes expresadas a gritos.

También Ruddy quiso gritar. Gritar su angustia, su miedo y su desesperación. Pero su voz no llegó más allá de unos pocos metros.

Fue en aquel momento cuando algo se movió en el extremo más distante de la gran caverna.

A Ruddy se le secó súbitamente la garganta.

Aquella «cosa» era de grandes dimensiones y avanzaba reptando hacia el lugar donde se encontraban Miles y sus compañeros.

«¡Dios mío! Se diría... ¡Sí, se diría que se trata de una gigantesca serpiente!», pensó.

El objeto tenía una forma alargada y cilíndrica, exactamente como una serpiente de pesadilla. Era de color verdoso y —ahora comprendía Ruddy el origen de la luz azulada— expandía a su alrededor una luz espectral, lechosa, que lo llenaba todo iluminando tenuemente hasta el último rincón de la gruta.

Hubiera corrido como un loco de no ser porque aunque el pánico le impulsaba a huir ciegamente, las fuerzas le habían abandonado.

En unos pocos segundos, escenas espantosas presenciadas en el cine de su barrio pasaron fulminantemente por el cerebro de Ruddy Miles.

En su adolescencia, había visto docenas de filmes de «monstruos», en cuya especialidad eran maestros los japoneses. Monstruos prehistóricos, gorilas gigantescos, alacranes de quince metros, quirópteros como aeroplanos, ofidios...

—Quizá aquellas historias tengan alguna relación con la realidad —se dijo.

La Monstruosa Serpiente de la gruta de Mount Kooran, podía ser el tema para la próxima película de monstruos.

La serpiente había vivido allí durante milenios. Tal vez se alimentaba de los cándidos obreros que trabajaban en el túnel. O quizá aguardaba en las estribaciones de Mount Kooran para devorar a los cazadores que se arriesgaban a través de los escarpados. O...

Se sorprendió al pensar:

«No es un bicho. No se trata de un animal. Es un artilugio mecánico, una máquina de crear miedo.»

Pensaba esto a medida que aquel enorme cuerpo cilíndrico se iba aproximando. Exhalaba un rumor quedo, apenas perceptible, pero se deslizaba, reptando, sin producir el menor ruido.

No se le veía la cabeza propia de los ofidios. Más bien parecía una gigantesca lombriz.

Y ahora acababa de detenerse.

La Super-Lombriz se escindió por la mitad. ¿O sólo era una abertura?

Unas siluetas extrañamente esbeltas que avanzaban bamboleándose en posición vertical estaban abandonando el vientre de la Super Lombriz.

—¡Los hijuelos de la lombriz! —se asombró Ruddy.

Eran muchos, más de cincuenta. La luminosidad que brotaba de la Super-Lombriz traspasaba perfectamente sus cuerpos gelatinosos, de un color marrón oscuro.

En aquel momento, Ruddy experimentó una sensación de asco, de intensa repulsión física.

Los extraños seres bamboleantes se desparramaban en todas direcciones. Y dos de ellos se detuvieron junto a Ruddy, se inclinaron en extraña contorsión y le tomaron por brazos y piernas.

Una espantosa sensación de frío paralizó su corazón.

—Verdaderamente, deben ser helmintos o reptiles. Seres de sangre fría y... y cuerpo gelatinoso.

¡Le estaban transportando hacia la Super-Lombriz...!

Y lo peor era que Ruddy no podía hacer nada por evitarlo, pues carecía de recursos físicos para revolverse contra ellos y escapar.

Delante de él, otros grupos de «seres de gelatina» volvía hacia la Super-Lombriz llevando en sus largas y flexibles extremidades a varios compañeros de Ruddy: Johnny Demart, Phil Scott, Andy Nells…

—¡Increíble! ¡También los cuerpos de mis compañeros se vuelven traslúcidos…! —advirtió.

En efecto, la luz lechosa que provenía de la Super-Lombriz traspasaba los cuerpos de Nell, de Scott y de Demart, de modo que Ruddy podía ver perfectamente sus entrañas como si su piel y sus tejidos musculares fueran de cristal.

Indudablemente, era el efecto de aquella luz espectral, semejante a los Rayos X.

«Quizá también a mi se me ven los intestinos», pensó, un tanto regocijado por aquel descubrimiento.

A partir de aquel momento. Ruddy Miles iría sorprendiéndose con nuevos descubrimientos.

Por ejemplo, cuando los «seres de gelatina» le introdujeron en el vientre de la Super-Lombriz, una mano de Ruddy rozó el borde de la abertura a través de la cual estaban pasando en aquel momento.

Pues bien: sus dedos tocaron una superficie dura, metálica y fría. No, no era un cuerpo flexible, aunque sí probablemente articulado.

La luz se hizo más intensa. No hacía daño a los ojos, pero producía una sensación de irrealidad pues dentro de la Super-Lombriz se difuminaban absurdamente los contornos.

Notó que le soltaban y le permitían descansar sobre algo que podría parecerse, aunque remotamente, a una mesa.

La cabeza de Ruddy cayó de lado, pues los músculos de su cuello no podían soportar ya el peso del cráneo.

Y entonces vio a sus compañeros, cuyos cuerpos aparecían alineados e inmóviles sobre una serie de bancadas transparentes.

Dato curioso: Ruddy no sentía miedo ya. Sólo asombro, sorpresa, avidez por saber más y más.

Los «seres de gelatina» les rodeaban. Estaban en pie, hieráticos.

Tenían cráneos alargados, sin cabellos, piel brillante (¿podría llamarse exactamente piel?), pequeños ojos orientables en todas direcciones, dos pequeños orificios más abajo (¿la nariz?) y una rendija implantada en una especie de prominencia semejante a un mentón.

Ciertamente, tenían un aspecto semejante al humano. Ruddy vio dos largas extremidades superiores que se plegaban en ángulos inverosímiles. Se movían sobre largas y delgadas extremidades inferiores y no llevaban ninguna clase de vestimenta. Es decir, estaban desnudos, a pesar de lo cual Ruddy no pudo descubrir evidencia de atributos sexuales.

¿Híbridos, tal vez, seres asexuados...?

Aquellos seres no tenían un aspecto horripilante, sino extraño, ajeno por completo a lo que una mente humana pudiera concebir.

Estaba llevando a cabo estos descubrimientos, cuando Ruddy advirtió que le colocaban algo sobre el cráneo. El aparato, fuera lo que fuera, no tenia consistencia metálica, pero el joven experimentó inmediatamente aquella misma sensación de intenso frío que notara cuando dos de los «seres de gelatina» le tomaron del suelo.

En su cerebro se produjo un relámpago.

Luego, inmediatamente, no fue capaz de percibir más.

CAPITULO IX

Los dos hombres permanecieron largo rato en silencio.

Sam Barnett consideraba cuanto acababa de escuchar. Cierto que aquella misma y demencial historia le había sido relatada la tarde anterior por el doctor Sinkus.

Y lo más inquietante era que Ruddy había repetido, palabra por palabra, concepto a concepto, lo mismo que habían dicho sus trece compañeros.

—El doctor Petronian y yo los fuimos interrogando uno a uno por separado, una vez despertaron. Estos hombres no habían tenido oportunidad de ponerse de acuerdo en inventar un bulo. Y tampoco tenían motivos para hacerlo. Por otra parte, no olvidemos que debían estar muertos. Si debemos admitir que se ha producido algo tan extraño como la supervivencia de catorce hombres despeñados desde una altura de cuatrocientos metros, ¿por qué no hemos de creer lo que nos cuentan? —había suscitado el doctor Sinkus.

Sam enderezó el tronco, suspiró profundamente y miró a Ruddy Miles.

—¿Y después? —preguntó.

—Volví en mí, no sé cuanto tiempo después, aunque al parecer sólo transcurrieron unas doce horas —declaró Ruddy—. Estaba en la caverna. Y muy cerca de mí se encontraban mis compañeros. Ninguno de ellos estaba herido o contusionado. Sólo mortalmente cansados.

—Supongo que hablarían entre sí, que harían comentarios sobre le que les había sucedido —sugirió el ingeniero.

Ruddy vaciló.

—Yo no me atreví a decir nada de la Super-Lombriz ni de los «hombres de gelatina» por temor a que mis compañeros me tomaran por loco —dijo.

Agitó la cabeza con un ademán violento y añadió:

—A fin de cuentas, ¿no se trataría de un simple sueño, de una pesadilla? —Ruddy parecía muy confuso, incluso un tanto tenso—. Imagino que ellos obraron como yo. Tuvieron miedo de ser tomados

por ilusos, por desquiciados. Sin embargo…

—Sigue, por favor —le animó Barnett, al ver que el joven se mostraba vacilante.

—Al encontrarme de nuevo en la gruta, tuve una rara sensación de vacío mental. Durante los primeros minutos, mi cerebro no coordinaba, no era capaz de elaborar ideas. Comencé a inspirar profundamente y poco a poco advertí que mi mente se tornaba lúcida y que podía recordarlo todo, hasta los detalles más nimios. ¿Sabe lo que pienso?

—Dilo.

—Pienso que los «seres de gelatina» nos practicaron una especie de lavado de cerebro, dentro de la Super-Lombriz. ¿No lo comprende? Nos toman, nos trasladan a esa «cosa», nos tienden en unas bancadas, nos colocan algo sobre el cráneo y… perdemos la consciencia. Lo que yo pienso es que ellos deseaban conocer nuestras intenciones. Y supongo que lo consiguieron, cuando nos devolvieron a la caverna, indemnes.

—Es extraño, muy extraño —susurró el ingeniero.

—Estoy de acuerdo. Quizá esos términos que he usado: *Super-Lombriz*, *hombres de gelatina*… le parezcan un tanto infantiles, absurdos, pero esas palabras expresan la impresión que sentí al verlos. Y otra cosa…

—¿Sí..?

—Desde que me tocaron, el miedo huyó de mí. A partir de ese momento y hasta que perdí los sentidos, no volví a experimentar terror… Luego de vuelta en la caverna, y pasados unos minutos de estupor, todos prorrumpimos en gritos. El resto ya lo sabe.

Sam se alzó lentamente del taburete y lo retiró a los pies de la cama de Miles.

—Dime una casa. Ruddy —pronunció tras una pausa—.

¿Verdaderamente crees que se trata de seres de otro mundo?

Ruddy no supo qué responder a esta pregunta.

—¿Seres de otros mundos, extraterrestres? —murmuró-. No lo sé. Lo que puedo decirle es que jamás hubiera podido imaginar a unos seres así. Ya conoce mis primeros pensamientos al ver avanzar aquel

enorme cuerpo cilíndrico, semejante a una lombriz gigantesca. Pensé: «Quizá ha estado aquí desde hace milenios». Pero era un pensamiento verdaderamente infantil, suscitado por el tipo de cine que me apasionaba durante mi adolescencia. Pero no, si razono fríamente, debo confesar que no creo que sean de este mundo, quiero decir, de la Tierra. Es posible que hayan venido de algún mundo distante y desconocido. De lo que no cabe la menor duda es de que son inteligentes y poseen poderes muy superiores a los nuestros. Porque yo estoy seguro de que fueron ellos los que, de alguna forma, nos extrajeron de las cabinas de las máquinas y nos salvaron de una muerte cierta.

Viendo que Ruddy parecía fatigado, el ingeniero le dio las gracias y se despidió.

Cuando abandonaba el barracón-hospital, el doctor Sinkus le salió al encuentro.

—¿Qué te ha parecido? ¿Empiezas a convencerte de que esos hombres no mienten? — preguntó el médico.

Sam llenó sus pulmones del aire fresco de la noche.

—¿Quiere que le diga la verdad? —replicó—. Es ahora cuando empiezo a sentirme verdaderamente preocupado. Ahí abajo —señaló a la boca del túnel— existe algo extraño, incomprensible, absurdo, que mi razón no logra entender. A fin de cuentas, quizá Nancy Mbolo tenga razón.

—¿A qué te refieres? —inquirió Sinkus, profundamente interesado.

Barnett relató al médico la leyenda que hablaba de las «serpientes voladoras», los «Viajeros del Universo», la aventura de Boo, el cazador…

—Es curioso que los aborígenes insistan a través de diversas épocas en la venida de las «serpientes voladoras» que traían a Mount Kooran a los llamados «Viajeros del Universo» —añadió Barnett.

Sinkus asintió, pensativo.

—Si. Según esas leyendas, se diría que seres de otros mundos tenían un especial interés en Mount Kooran y ello a través de milenios. ¿Por qué?

—¿Quién puede saberlo? —Sam se encogió de hombros—. Si le digo lo que siento, no creo una palabra de esa historia acerca de los «hombres de gelatina» y la Super-Lombriz.

—¿Entonces...?

—Admito que se han producido fenómenos extraños. No puedo explicarme que los hombres despeñados se salvasen, pero si pudieron ser objeto de una ilusión colectiva. Por ejemplo, el respirar algún tipo de gas tóxico, cuyas emanaciones pueden surgir de los minerales que existen en el subsuelo de esta montaña. Hay yacimientos abundantes de plomo, por ejemplo. Y usted sabe que las sales de plomo son venenosas...

Sinkus le interrumpió vivamente.

—¡Plomo! ¡Quizá sea eso lo que buscan los «Viajeros del Universo»! —exclamó, excitadísimo—. ¿Por qué no imaginar que utilizan el plomo como combustible, y obtener energía para impulsar sus «serpientes voladoras»?

Sam se apartó irritado.

—Veo que también usted se ha dejado influenciar por las leyendas de Nancy —barbotó, disgustado—. Lo siento, pero no puedo seguir hablando de estas tonterías. Me duele ya la cabeza de escuchar historias absurdas. Me marcho a dormir. Buenas noches, doctor Sinkus.

Pero el médico le retuvo por el brazo. Parecía un tanto ofendido.

—¡Espera, Sam! —dijo—. Tu teoría sobre las emanaciones de gases tóxicos a partir de depósitos de galena es brillante e incluso creíble, pero respóndeme solamente a una pregunta... ¿quién construyó una nave subterránea de tan ciclópeas proporciones? ¿Y con qué fin?

Sam no supo qué responder. Pero como siempre prefería decir la última palabra.

Y respondió:

—Los hombres del Gobierno lo averiguarán.

* * *

Cuando despertó. Nancy había desaparecido.

Pero la guapa muchacha de color había dejado una nota en su habitación. Muy escueta:

«Sam:

»He decidido posponer la entrevista con Rudolph Humphrey. Prefiero comprobar algunas cosas por mi cuenta. De modo que salgo a dar una vuelta por los alrededores. Volveré en cuanto pueda.

» Nancy Mbolo.»

Barnett arrugó el papelito entre sus dedos.

—¡Esa loca! —barbotó—. ¿Es que no tengo suficientes problemas pendientes para que también tenga que preocuparme por ella...?

Bueno, ¿y por qué se preocupaba?

Sam quedó estupefacto al sorprenderse pensando en esto mismo.

En aquel momento cayó en la cuenta de que en las últimas veinticuatro horas no había dedicado un solo pensamiento a la preciosa Sally Winters, y mucho menos a su enamorada y riquísima Clara Van DeWeere.

Por cierto que Clara le había llamado por radio-teléfono la tarde anterior. Como quiera que Sam se encontraba en el túnel —acompañando a los del Gobierno— en aquel momento. Clara le había dejado el encargo de que la llamase urgentemente en cuanto estuviera disponible.

Pero él no la había llamado. ¿Por qué? Sencillamente, porque había permanecido con Nancy todo el tiempo.

No quiso profundizar en aquel tema. La muy estúpida de Nancy Mbolo se había marchado a investigar quien sabe qué idiotez y ahora Barnett debería ocuparse de evitar que le ocurriera algún accidente imprevisto. Sam sabía que la montaña era peligrosa: despeñaderos, barrancos, simas, bruscos cambios de temperatura...

Profundamente irritado, salió al exterior. En aquel momento, un descomunal helicóptero de las Fuerzas Aéreas descendía sobre el helipuerto habilitado en la explanada del campamento.

Naturalmente, Sam estaba obligado a entrevistarse con las personas que llegaban. De modo que caminó hacia el helipuerto y se entrevistó con el coronel Craig Higgins, que mandaba el comando de treinta hombres que habría de encargarse de vigilar aquella zona de Mount Kooran.

También saludó al ingeniero Dick Hebron, que habría de realizar, junto con sus ayudantes y técnicos, la inspección de la caverna.

Hebron no era un hombre muy simpático. Cuando Barnett se ofreció para acompañarlos a la sima. Hebron le dio a entender que lo mejor era que Sam se mantuviera al margen del asunto.

—Perfectamente. Haga lo que le venga en gana —respondió Barnett bruscamente. Su malhumor, lógicamente, iba en aumento.

Así que se desentendió del asunto y dio instrucciones al capataz Stevens para que todos los operarios se retiraran del túnel y sus inmediaciones, pero recomendó a sus ayudantes que permanecieran alerta.

Después fue a buscar a Bill Makomo y le pidió que le llevase en su helicóptero a hacer una descubierta sobre las estribaciones de Mount Kooran, con el fin de localizar a aquella loca muchacha de color llamada Nancy Mbolo.

Era una espléndida mañana de finales del mes de junio. El sol, enorme y rojizo, acababa de brotar sobre los picachos e irradiaba sus cálidos rayos a través de la impresionante garganta de Sewella.

A bordo del helicóptero y cuando Bill hacía ganar altura al aparato, Barnett recomendó a su piloto que no se alejase mucho de las inmediaciones.

—Según me han informado, la señorita Mbolo partió a pie hace algo más de una hora, de modo que no puede haber ido muy lejos. Si volamos a baja altura, es posible que la encontremos.

Bill asintió y obedeció sus instrucciones al pie de la letra. De forma que el helicóptero viró a babor y voló sobre las quebradas a unos setenta metros de altura.

Barnett había interrogado a todas las personas que habían visto abandonar el campamento a la joven.

—Vestía un equipo de montañero y llevaba a la espalda un detector de minerales. No puedo decirle más, señor Barnett.

¡Un detector de minerales! ¿Para qué necesitaría un aparato así? ¿Vocación de minero, quizá?

Bill Makomo, que era un excelente piloto, recorría escrupulosamente las pedrizas, las vaguadas y cualquier accidente del terreno.

Por desgracia, el relieve orográfico de Mount Kooran era excesivamente abrupto. Según comentó Bill, podían pasar muy cerca de la joven… sin verla.

El helicóptero describía sucesivos giros concéntricos, alejándose lentamente del centro de la espiral, es decir del campamento.

Pero Nancy no aparecía y Barnett comenzaba a preocuparse. Sin embargo, pidió a Bill que diese una última y más dilatada vuelta.

Fue entonces cuando el ingeniero observó aquellos extraños círculos que horadaban las alturas de Mount Kooran.

—¿Has visto eso, Bill? —exclamó, muy excitado.

— Llevo un rato observando esos a modo de agujeros —respondió el piloto—. Miden unos veinte metros de diámetro y sus bordes brillan como el cristal.

El piloto estabilizó su aparato en el aire sobre uno de aquellos círculos, mientras Barnett miraba hacia abajo a través de unos prismáticos.

—Verdaderamente curioso —gruñó—. Parecen impactos de enormes proyectiles. Tal vez, aerolitos o algo así. ¿Podría bajar un poco más?

El helicóptero se meció en el aire y descendió cincuenta metros.

Desde aquella distancia. Barnett pudo observar claramente el más próximo de los grandes agujeros.

—Es… como si un cuerpo voluminoso, al rojo vivo, hubiera perforado las rocas. Eche una ojeada, Bill. Advertirá que la roca está fundida alrededor de ese agujero —observó Barnett.

El piloto tomó los prismáticos y observó el hoyo. Contra lo que Barnett había imaginado al principio, no se trataba de profundas perforaciones, sino simples hoyas redondas de unos pocos metros de profundidad, el fondo de aquellos agujeros negros brillaba como si estuviera recubierto de vidrio. Indudablemente, la roca se había vitrificado como consecuencia de la altísima temperatura originado al tremendo impacto de un aerolito.

Ganaron altura y recorrieron la pedregosa ladera.

Había docenas y docenas, casi un centenar de aquellos grandes hoyos.

Barnett se sentía profundamente intrigado ante aquel enigma. Le hubiera gustado descender a tierra y examinar detenidamente los pequeños cráteres cubiertos de roca fundida, pero recordó de repente a Nancy Mbolo y decidió volver inmediatamente al campamento para organizar un equipo de montañeros y rastrear los abruptos parajes próximos al túnel, en busca de la tozuda y temeraria joven.

Minutos después, el helicóptero descendía sobre la explanada.

—Algo ocurre allá abajo —anunció Bill—, He visto gente que corre hacia el túnel.

Era cierto.

En el campamento se había desatado el caos. ¿Qué habría ocurrido?

Lo supieron nada más tomar tierra. Gleeson, un ayudante de ingeniero, corrió hacia el helicóptero en cuanto el aparato se posó, y explicó atropelladamente a Barnett:

—El ingeniero Hebron acaba de enviar un SOS por radio. Ha debido ocurrir algún accidente, allá en la sima.

Sam sonrió con desgana.

—Ahora deberíamos dejarle abandonado a sus fuerzas... —rezongó, irritado.

Pero reaccionó en seguida y dijo a Gleeson:

—No pierda el tiempo. Traiga un triccar con equipo de radio.

Cuando el ayudante y Barnett penetraron en el túnel, la temperatura era tan elevada que el aire se tornaba irrespirable.

Sam miró el termómetro insertado en el panel de instrumentos del vehículo.

—¡Cuarenta y dos grados! —se asombró—. ¡No es posible...!

Pero sí que lo era. Las propias planchas del triccar quemaban al contacto.

Gleeson comenzó a toser y Barnett tuvo que hacerse cargo del vehículo, mientras el ayudante se dejaba caer sobre el asiento próximo y seguía tosiendo desaforadamente hasta congestionarse.

A medida que avanzaban por el túnel el aire se volvía más denso y

tóxico.

«Huele a diablos —pensó Sam—. Es como si las entrañas de Mount Kooran albergasen un volcán.»

Un kilómetro más allá, los faros del vehículo se tornaron impotentes para alumbrar adecuadamente el camino.

Dentro del túnel, a pie de obra, los operarios debían haber puesto en funcionamiento los extractores de aire, pues el humo candente circulaba a gran velocidad hacia el exterior de la galería subterránea.

Barnett también comenzó a toser. Sus pulmones, irritados, respiraban jadeantes.

«¡Dios santo! ¿Qué ha podido ocurrir ahí dentro?, se preguntó.

Hubo de aminorar considerablemente la marcha, pues la los que le asaltaba rabiosamente le impedía concentrarse en la conducción.

Poco más allá, el ambiente se tornó menos denso y la visibilidad aumentó. El humo estaba siendo extraído rápidamente del túnel.

Allá, en la distancia, brillaron unos faros. Sam se apartó cuanto pudo a la derecha al escuchar el alarido de una sirena. Minutos después, un triccar cruzaba junto a ellos a gran velocidad.

Aunque fugazmente. Sam había podido ver los cuerpos de varios hombres en la parte posterior del vehículo que se alejaba. Y advirtió que sus ropas estaban ennegrecidas y sus cabellos chamuscados.

¿Era el ingeniero Dick Hebron uno de los heridos evacuados?

Barnett no se detuvo. Por el contrario, aumentó aún la velocidad de su triccar. Junto a él, Gleeson comenzaba a recuperarse.

Por fin, al final del túnel distinguió los vehículos de la brigada de salvamento. Frenó bruscamente y saltó a tierra para reunirse con Max Stevens, que gritaba órdenes a voz en cuello.

—¿Qué ha ocurrido, qué diablos ha ocurrido? —chilló.

—¡No lo sé, nadie lo sabe! —respondió el capataz—, Hebron llamó por radio. Dijo que necesitaba ayuda inmediatamente, que *las paredes de la caverna habían comenzado a arder*…

CAPITULO X

Pasaron muchas horas antes de que Sam Barnett tuviera una idea aproximada de lo que había ocurrido a Hebron y los militares en el fondo de la sima.

Durante las primeras horas todos los hombres y mujeres disponibles se dedicaron denodadamente a prestar auxilio a los afectados.

Hebron y cuatro de sus hombres habían sufrido gravísimas quemaduras en manos y pies. En cuanto al coronel Higgins y los militares del comando especial, todos habían resultado intoxicados.

Trasladados con urgencia al barracón-hospital, el doctor Sinkus y sus ayudantes sanitarios apenas daban abasto en la tarea de reanimar a los hombres afectados. En cuanto a Dick Hebron y su equipo de expertos, todos ellos debieron ser evacuados a Huanwolo en el helicóptero de las Fuerzas Aéreas, para ser ingresados en la sección de quemados del hospital.

El mismo Barnett había ayudado en las tareas de reanimar a los treinta y un militares intoxicados por gases.

De improviso, cuando arrastraba un balón de oxígeno se encontró con Nancy que vestía una bata y auxiliaba al doctor Sinkus.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —el tuteo surgió espontáneamente, impulsado por la indignación.

—Hace un par de horas que regresé de mi excursión —respondió ella serenamente—. Me enteré de lo ocurrido y vine por si podía ayudar. Eso es lo que estoy haciendo.

Barnett se congestionó de ira.

De modo que ella se encontraba ya en el campamento cuando Bill y él regresaron a la base... ¡Y pensar que había estado sufriendo tanto por causa de aquella inconsciente!

—Ya hablaremos de eso —gruñó entre dientes—. Ahora será mejor que nos concentremos en lo que estamos haciendo.

Fueron varias horas de trabajo incesante, hasta que los intoxicados comenzaron a dar señales de vida.

Al atardecer, Barnett fue avisado de que el coronel Higgins quería hablar con él.

El militar parecía haberse recuperado por completo, aunque tenía vendado el brazo derecho y varias esquimosis en el rostro.

—¿Va a explicarme qué diablos ocurrió en esa maldita caverna? —preguntó Sam, malhumorado.

Higgins asintió.

—Intentaré hacerlo, al menos —respondió.

* * *

A las nueve y media, Dick Hebron y su equipo estaban preparados para descender a la caverna.

Llevaban potentes lámparas móviles y un electricista cargaba con un carrete de hilo conductor destinado a instalar una batería de luces en el fondo de la caverna.

En los planes de Hebron entraba el explorar escrupulosamente la gruta e incluso tomar muestras de minerales y de cualquier otra cosa que pudiera resultar interesante.

Después de ponerse de acuerdo con el coronel Higgins para permanecer en comunicación constante por radio, ocho hombres descendieron hacia la gruta en el montacargas instalado al pie del talud.

En cuanto al coronel Higgins, había distribuido a sus comandos alrededor de la boca de la sima, de modo que pudieran observar desde arriba los movimientos de Hebron y su equipo.

Muy pronto, Higgins advirtió que la comunicación por radio sobraba. La caverna poseía tal resonancia que los comentarios de los hombres que bajaban llegaban claramente arriba.

Ya en el fondo, los exploradores dispusieron los focos, alimentados por el cable eléctrico que colgaba desde el túnel.

Súbitamente. Higgins había escuchado el comentario excitado de Hebron: .

—¡Mirad, mirad allá!

Higgins se inclinó sobre la valla protectora y vio lo que había

llamado la atención del ingeniero gubernamental: a la luz de los focos situados en el fondo, se vislumbraban las confusas siluetas de unas personas que corrían grotescamente, alejándose hacia el extremo, más distante de la gruta.

—¿Eran… personas? —preguntó Barnett al coronel.

—Bueno… eso me parecieron, aunque su aspecto no era propiamente el de seres humanos. En realidad, apenas tuve oportunidad de verlos durante unos segundos. Porque en aquel momento todas las luces se extinguieron.

—¿Cómo es posible? —se extrañó Barnett—. Aunque falle el generador principal, automáticamente entran en funcionamiento dos generadores auxiliares, aunque de menor potencia.

—No me pregunte la razón de que se apagasen las luces, porque la ignoro. Lo cierto es que quedamos a oscuras, totalmente a oscuras. Lo más extraño es que incluso la linterna que yo llevaba colgada del cinturón se negó a encenderse.

Uno de los soldados de Higgins perdió el control de sí mismo y disparó atropelladamente su metralleta hacia el lugar donde se había observado el movimiento de seres no identificados.

Entonces surgió una luz azulada, espectral, que iluminaba tenuemente hasta el último confín de la gruta.

Higgins distinguió en el fondo de la caverna algo voluminoso y de unos sesenta metros de longitud que se movía «como una culebra», expandía luz lechosa y avanzaba hacía el muro más distante.

—Allá abajo, Hebron y los suyos comenzaron a gritar, locos de pánico. Oí poco después la voz del ingeniero, solicitando ayuda urgente por radio — explicó Higgins—. Desde luego era imposible rescatarlos a través del montacargas, puesto que no disponíamos de fuerza eléctrica para los motores…

Fascinado, Higgins había seguido el movimiento reptante de aquella «serpiente luminosa».

—Alcanzó la pared rocosa y… comenzó a desaparecer a través de ella. Escuché una vibración intensísima, que destrozaba los oídos. Alrededor de la «culebra», el muro se tornó incandescente, la temperatura ambiente subió por encima de cincuenta y cinco grados centígrados y la caverna se llenó de un humo denso y maloliente que ascendió en seguida hacia el túnel.

Los soldados comenzaron a toser y se retiraron de su puesto de observación, pero el coronel permaneció en su sitio, aun a riesgo de morir intoxicado.

—No podía creer lo que veían mis ojos… ¡La «culebra» se abría paso a través de la sólida roca como si fuera una gigantesca broca! las paredes comenzaron a fundirse en su superficie y el piso humeaba materialmente.

Luego, de repente, la luminosidad azul desapareció y sólo quedó el resplandor rojizo de un gran círculo de pared al rojo vivo, que se fue extinguiendo lentamente, a la par que el humo se hacia más denso y el aire quemaba.

Higgins calló.

—¿Eso es todo? —preguntó Barnett.

—No puedo decirle más. Debí perder el conocimiento en ese momento. Supongo que estoy vivo de milagro. Y no me refiero a la intoxicación, sino al hecho de que el capataz Stevens y los de la brigada de salvamento me hallaron desvanecido al borde mismo del precipicio.

El resto de lo ocurrido, lo sabía Barnett por boca del propio capataz Stevens.

Recibido el aviso de socorro, los hombres de la brigada acudieron al final del túnel. Por fortuna, en el equipo llevaban máscaras contra el gas y ninguno de los operarios resultó afectado.

Un enigma más que añadir a la larga serie de fenómenos misteriosos anteriores fue que cuando llegaron a la boca de la sima, todos los focos lucían y el ascensor funcionaba normalmente.

Dick Hebron y siete hombres más fueron rescatados por los de salvamento. No sólo padecían horribles quemaduras en manos y pies, sino que se habían desvanecido, víctimas de los gases tóxicos condensados en el fondo de la caverna.

Es fácil imaginar la confusión de Sam Barnett. A pesar de su escepticismo, era evidente que Higgins y sus soldados habían visto algo capaz de impresionar al hombre más templado.

Barnett en persona había inspeccionado a través de unos potentes prismáticos la caverna. Justamente en la zona del muro señalada por Higgins, la superficie de la roca se había fundido en una extensión circular que abarcaba más de mil metros cuadrados. También se

habían fundido distintos sectores de otros muros, de modo que, a la luz de los focos, las paredes brillaban como si fueran de cristal. Justamente en el centro de aquel círculo vitrificado. Barnett descubrió un hoyo de unos veinte metros de diámetro por dos de profundidad.

Exactamente igual a aquellos extraños hoyos que Bill Makomo y él habían descubierto aquella mañana en las laderas de Mount Kooran.

* * *

Desde luego, era una situación preocupante, de emergencia.

Juzgándolo así, Barnett había llamado a Robert Van DeWeere.

—Tal vez, lo adecuado sería evacuar a todo el personal hasta conocer la decisión del Gobierno y los militares —opinó el presidente de la compañía de ferrocarriles, hondamente impresionado al conocer aquella información—. En cualquier caso, tú puedes decidir según tu criterio. Naturalmente, no sería posible utilizar los helicópteros excepto para trasladar a los heridos o enfermos.

—No importa, la situación no es crítica. Si decido la evacuación, utilizaremos los camiones —respondió Barnett.

Al otro lado del hilo telefónico se oyó un carraspeo.

—¿Alguna cosa más, señor Van DeWeere? —preguntó Sam antes de colgar.

—Siento tener que darte esta noticia, Sam.

—¿Qué noticia?

—Clara se casó ayer en Ciudad de El Cabo con un tenista australiano.

Barnett palideció.

—¡No es posible! No puede ser.

—Comprendo tu turbación y tu disgusto, Sam. Clara tampoco me dijo nada a mí. Simplemente me envió un telegrama diciéndome que acababa de casarse con Guss Amblers. Según he podido averiguar, Amblers y Clara se conocieron hace un par de semanas. Debió ser un enamoramiento fulminante. Creo… creo que en cierto modo tú también eres responsable, Sam.

—¿Yo…, responsable? —exclamó el ingeniero con voz

estrangulada.

—Si, Sam. A lo largo de las últimas semanas, apenas dedicaste atención a Clara. Mi hija es una joven caprichosa y voluble. Al parecer, Amblers era un hombre muy apuesto y refinado. El tipo de hombre que siempre gustó a mi hija. Créeme que lo siento. Sam. Me hubiera gustado tenerte como yerno —dijo Van DeWeere.

—Gracias —pronunció Sam con voz sorda. Y colgó.

Esa tarde. Barnett se recluyó en su cabina en compañía de una botella de whisky escocés, un vaso y una jarra llena de cubitos de hielo.

Cuando la botella quedó vacía, Sam se sentía absolutamente derrotado.

No solamente había perdido a Clara y la posibilidad de encumbrarse y enriquecerse. También había surgido aquella maldita caverna y los raros fenómenos que iban a hacer fracasar al túnel de Mount Kooran.

Es decir, perdería dinero, prestigio y tiempo.

—Pero he ganado una botella de whisky —se burló de sí mismo.

Nancy penetró en su cabina cuando Sam seguía lamentándose de su mala suerte.

Al verla aparecer, él murmuró con voz estropajosa y violenta:

—¡Lárgate!

Pero ella no se inmutó. Lejos de obedecer la grosera orden, avanzó unos pasos y se sentó frente a Sam.

—Veo que se terminó la botella. Lástima. Hubiera aceptado un whisky con hielo —dijo mansamente.

—Si lo que envidias es mi borrachera, en la cocina hay otra botella de whisky. Pasa y sírvete —dijo Barnett, sin demostrar el menor interés.

Nancy volvió un momento después con un vaso en la mano. Se sentó y miró al hombre con expresión crítica.

—¿Clara Van DeWeere? —preguntó ella de improviso.

Sam brincó de su asiento.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, lo adivino. Supongo que sólo una noticia relacionada con Clara podría perturbarte tanto.

—Tienes razón. Y si quieres saberlo todo, te diré que Clara se ha fugado con un tenista y se ha casado con él en Sudáfrica. Eso es todo.

Nancy sonrió levemente. Sam arrugó el ceño, pero volvió a mirarla con un interés nuevo.

Verdaderamente, Nancy era una muchacha guapísima, mil veces más interesante que una Clara Van DeWeere o una frívola Sally Winters.

Aunque su piel era oscura, sus exóticas facciones tenían una rara perfección: la piel suave, la profundidad de sus ojos, la perfección de sus labios, menos gruesos que en otras personas de raza negra; la esbeltez y encanto de su cuerpo joven…

«Desde luego, si esa historia acerca de la boda de un general romano con una princesa negra es cierta, no cabe duda de que la aportación de sangre latina a la tribu magali añadió muchos atractivos físicos al clan de los Mbolo», pensó el ingeniero.

—En realidad, creo que Clara nunca pensó seriamente casarse contigo —dijo Nancy.

—¿Qué has dicho? —se inclinó súbitamente hacia adelante el hombre.

—Desengáñate, Sam: Clara advirtió rápidamente tus .intenciones. ¿Recuerdas el safari en el que nos conocimos? Clara advirtió algo raro en tu conducta cuando llegó Kurd Henrik, el guía. Poco antes de volver a Pike Gardens, ella se quedó a solas con Henrik y le sonsacó. Henrik confesó que te conocía y le contó muchas cosas acerca de ti, entre ellas tus dotes de cazador. Más tarde, hablando entre nosotras, Clara me confesó que ella siempre había sospechado que sólo te interesaba su dinero y su apellido. Eres un hombre demasiado apuesto para conformarte con una mujer como Clara. «Seguiré con él hasta que se presente otra oportunidad», fue lo que dijo.

Sam asintió amargamente.

—Me comporté como un estúpido —confesó—. Al parecer, todos conocían mis verdaderas intenciones. Y ahora… En fin, todo se ha ido al diablo.

—¿Por qué? —se extrañó Nancy.

Sam le habló con voz pastosa de sus frustraciones. Finalmente se vería obligado a olvidar el túnel de Mount Kooran y buscar otro trabajo en cualquier sitio.

—Y a propósito de ello, ¿puedo saber de una maldita vez que pretendías conseguir con esa excursión a la montaña? — preguntó violento.

—Mi objetivo está relacionado con los fenómenos que tienen lugar en esa fabulosa caverna —respondió ella.

—No entiendo una sola palabra.

—Verás: el doctor Sinkus y yo compartimos una idea: los «Viajeros del Universo» han estado abasteciéndose durante milenios del plomo que abunda en las entrañas de Mount Kooran. Lo emplean como combustible, parece evidente. Estuve en el vertedero de escombros situado a tres kilómetros de aquí, adonde transportáis el material vaciado del túnel. Comprobé que existen cantidades considerables de galena. Y eso lo explica todo.

—Ah, ¿sí?

—Desde luego. Mi hipótesis es ésta: los «Viajeros del Universo» no construyeron una estancia subterránea, simplemente fueron extrayendo, a lo largo de miles de años, toneladas y toneladas de mineral de plomo.

—¡Apasionante! —se burló Barnett.

—Mófate si quieres, pero eso es lo que pienso. Mi idea coincide razonablemente con las leyendas de mi pueblo y con lo que ha ocurrido aquí. Ellos necesitan vitalmente el plomo, pero no tienen intenciones hostiles. Creo que de alguna forma nos han pagado lo que se llevan.

Sam dejó escapar una carcajada.

—Evidentemente, el whisky te está haciendo efecto —ironizó.

—Me está haciendo un excelente efecto —asintió Nancy, complacida. Dio un pequeño sorbo y siguió—: ¿Recuerdas la leyenda de Boo, el valiente cazador que se atrevió a entrevistarse con los «Viajeros del Universo»? De eso hace miles y miles de años. Por entonces, en Africa no se conocía el trigo, el algodón ni el fuego siquiera. Y ellos, los «Viajeros del Universo» entregaron a Boo esas

cosas tan necesarias para el bienestar de los aborígenes. Por eso afirmo que los «Viajeros» fueron generosos con nosotros.

—¡Sigue, sigue! Tienes una imaginación fantástica —exclamó Sam, divertido a su pesar.

Nancy no dio la menor muestra de disgusto.

—Si pudiera entrevistarme con ellos… —susurró, con un brillo de decisión en los negros ojos.

—¿Estás loca? Ya sabes lo que le ocurrió a Hebron y sus hombres. Estuvieron a punto de morir y quién sabe si no quedarán inválidos para toda la vida. Te prohíbo terminantemente que entres en el túnel.

Pero ella tenía una idea fija y no pensaba callar hasta exponerla enteramente.

—Creo que la veta que existía en el lugar donde se encuentra la caverna se está extinguiendo. He consultado los diagramas del corte geológico de esa zona y comprobado que la densidad del subsuelo disminuye. Eso quiere decir que dentro de poco, los «Viajeros» tendrán que buscarse otra mina. Y yo conozco una, inmensa, prácticamente inextinguible.

—¿Dónde? —preguntó él, interesado a su pesar.

—A unos quinientos kilómetros de aquí, al sur del Kilimanjaro. Fíjate en lo significativo del nombre del lugar: se llama Lead Mountain (1[1]). Realicé un estudio geológico para la compañía Hillman Mines Corp. Ellos buscaban oro, y yo encontré plomo en cantidades inimaginables. Pero a los de la Hillman no les interesaba el plomo, sino los metales preciosos, y abandonaron cualquier proyecto de explotación.

Sam se inclinó hacia la joven.

—Aunque todo esto sea descabellado, me gustaría escuchar el final de tu proyecto.

—Está claro. Si lograse entrevistarme con los viajeros, les diría: «No busquéis más aquí. Yo sé dónde podréis abasteceros de combustible a lo largo de milenios». Y tu problema quedaría resuelto —explicó ella.

—Alucinante —gruñó él—. Pero yo, ahora mismo, me marcho a dormir la borrachera.

Viéndole ir, Nancy plegó los labios en un gesto rabioso. Y una enigmática luz brilló en sus rasgados ojos negros.

CAPITULO XI

Soñó con Nancy en cuanto el sueño le venció.

Sam se sentía dominado por el deseo y la abrazaba y trataba de besar frenéticamente sus jugosos labios, pero ella se resistía tenaz y exclamaba obsesionada:

—¡No puede ser! ¡Es imposible, ahora! Debo acudir a la cita con los «Viajeros del Universo».

Pero Sam había tocado sus frescos labios, había ceñido su breve cintura, había aspirado el limpio aroma que brotaba de su piel tersa y finísima, y notaba que el deseo era superior a sus fuerzas, a cualquier tipo de tabú.

—¡Te lo suplico Nancy! Ven.

Pero ella se escapaba, ágil como una pantera.

Y corría, corría… ¡hacia la boca del túnel!

—¡Noooo! —gritó Barnett con todas sus fuerzas.

Y el eco de su propio grito le despertó.

En verdad, debía haber gritado en sueños, porque cuando se alzó de la cama oyó unos perentorios golpes en la puerta de su cabina.

Quien golpeaba era el vigilante Crowner, quien dejó escapar un suspiro de alivio al ver aparecer en la puerta a Sam Barnett. El fusil que llevaba en sus crispadas manos se inclinó hacia el suelo.

—¿Está bien, señor Barnett?

—Perfectamente, Syd. Lo siento, creo que tuve una pesadilla. No se preocupe, estoy bien —le dijo Sam.

Syd Crowner le deseó buenas noches y se alejó.

Poco después. Barnett abandonaba su cabina, una vez vestido.

Crowner le vio cruzar hacia las viviendas prefabricadas de las mujeres y llamar a la puerta de la cabina de la señorita Nancy Mbolo.

Dos minutos después. Barnett salía al exterior muy agitado.


—¡Syd!

—Voy en seguida, señor Barnett.

Crowner se acercó en una rápida y fácil carrera.

—¿Ha visto salir a la señorita Mbolo? —preguntó el director de las obras, fuera de sí.

—Hace poco más de una hora. Salí a su encuentro, cuando su silueta se reflejó sobre la fachada del barracón-hospital. Me dijo que no podía conciliar el sueño y que deseaba dar un corto paseo por los alrededores del campamento. No me pareció correcto impedir que una dama tan bella se pasease un poco. Pero... parece usted muy nervioso, señor. Dígame, ¿puedo ayudarle en algo?

Sam crispó los puños y se alejó.

—¡En nada, Syd, en nada! Pero será mejor que los de la brigada de salvamento estén sobre aviso —gritó cuando corría decididamente hacia el sombrajo bajo el cual se aparcaban dos docenas de vehículos eléctricos triccars.

Crowner le vio subir a un triccar y partir velozmente hacia el camino que llevaba a la boca del túnel.

Por un momento, el vigilante nocturno permaneció indeciso. Luego comprendió que la conducta del director de las obras era tan extraña, que lo mejor era despertar al oficial de servicio y explicarle la situación.

Entre tanto, Sam Barnett había alcanzado el túnel y conducía su triccar a gran velocidad conducto adelante.

Todavía conservaba en el bolsillo de su camisa la nota que había encontrado en el lecho de Nancy Mbolo.

La había leído de una sola ojeada, dominado por la angustia y la agitación.

Unas cuantas líneas, apenas:

> «Querido Sam:
>
> »Creo que has comprendido mi carácter, muy semejante al tuyo. Soy una mujer tozuda y voluntariosa. Me he empeñado en solucionar tus problemas y creo que puedo conseguirlo.

»No voy a ocultarte que me siento inquieta, tan asustada como una niña que abandona por primera vez el hogar. Pero sé que lo que voy a hacer es justo e imprescindible. Voy a entrevistarme con los "Viajeros". Deséame suerte.

»Hasta pronto.

»Nancy.»

Y ahora. Sam Barnett mientras conducía con desesperada ansiedad túnel adelante, iba rezongando:

—¡Esa condenada jovencita...! ¡Cree que se trata de un juego y es muy posible que...!

Iba a decir: «Que pierda la vida en esta torpe travesura», pero no se atrevió a esbozar aquella frase ni siquiera mentalmente.

El largo túnel, silencioso y vacío, no era un camino agradable. Sobre todo si tenemos en cuenta que Barnett tenía el presentimiento de que todo terminaría mal.

—Y a fin de cuentas, ¿por qué me preocupo tanto por ella? —se preguntó, disgustado consigo mismo—. Nada me une a esa atolondrada mujer. Y en el futuro...

No se atrevía a imaginar el futuro. Lo único que importaba era llegar a tiempo de impedir que Nancy cometiera una locura.

Porque ahora, precisamente ahora. Sam Barnett empezaba a entender la verdad: frecuentemente, las leyendas corresponden a la realidad.

Mientras conducía a toda prisa túnel adelante, Barnett fue pasando revista a todos los acontecimientos sucedidos desde aquella noche en que recibiera un aviso urgente en el discreto Green Paradise Club.

Aunque siempre se hubiera mostrado escéptico en el tema de los extraterrestres, Sam reconocía que los razonamientos de Nancy eran perfectamente lógicos.

Nada de lo que había ocurrido a pie de obra tenía explicación... antes de que ella pusiera cada pieza del rompecabezas en su sitio y las uniera, de forma magistral, aunque un tanto aventurada.

Tan abstraído en sus pensamientos iba, que no se dio cuenta de que el túnel terminaba. El triccar iba lanzado a velocidad excesiva y

hubo de frenar atropelladamente. El vehículo se detuvo a pocos metros de la boca de la sima, elevando una nubecilla de polvo negruzco.

Bajó de un salto sin apagar los faros, corrió hacia el transformador y encendió la batería de proyectiles.

E inmediatamente se abalanzó sobre la plataforma de acceso al montacargas.

En su ansiedad, a punto estuvo de despeñarse al vacío... porque el montacargas no estaba arriba.

Apoyado en la valla, miró hacia abajo.

La luz potente de los reflectores se veía prácticamente anulada por la azulada luz espectral que reinaba en la caverna.

¡Allá abajo, en la parte izquierda de la gruta...!

Suspendida la respiración, Barnett contempló aquella forma sinuosa.

—¡La culebra-Serpiente voladora-Super-Lombriz se hallaba allí, descansando perezosamente sobre el fondo de la gran estancia subterránea!

Vio moverse unas diminutas figuras cerca de la gigantesca línea serpentiforme. Pero la distancia era excesiva para apreciar con precisión.

Giró violentamente, dirigió una ávida mirada a su alrededor y corrió hacia uno de los contenedores de equipamiento situados junto a los muros del túnel.

Chasqueado, comprobó que el contenedor estaba cerrado. No se detuvo: una larga palanca de barreno le sirvió para, forzar expeditivamente el cierre.

Un momento después corría hacia la sima con unos prismáticos en la mano.

Miró y... la sangre se le heló en las venas.

Unas siluetas extrañamente esbeltas y bamboleantes caminaban en posición vertical partiendo de la Super-Lombriz azul-verdosa. A contraluz, sus cuerpos eran traslúcidos, de un tono marrón oscuro.

Con tensa ansiedad, Sam reguló la distancia focal de los

prismáticos para observar a aquellas criaturas con mayor nitidez.

Cráneos alargados, brillantes, sin cabellos, pequeños ojos como diamantes, que se movían en todas direcciones, diminutos orificios respiratorios, una rendija horizontal en el saliente prognático que simulaba un grotesco mentón.

Aparecían absolutamente desnudos y caminaban con una cadencia rítmica y monótona en ordenadas filas divergentes.

Su aspecto humanoide era evidente. Y sin embargo. Sam tuvo la intuición de que aquéllos no eran seres verdaderamente humanos, aunque su contextura, sus proporciones y movimientos recordasen grotescamente la silueta humana.

Se dio cuenta, de pronto de que aquellos que Ruddy Miles había descrito como «hombres de gelatina», se abrían hacia el centro de la caverna y sus filas volvían a unirse formando un cerco alrededor…

¡Alrededor de Nancy Mbolo, que aguardaba rígida e inmóvil a unos cien metros del reptil luminoso…!

Ella, la muy idiota, al fin se había salido con la suya.

Los dedos de Barnett apretaban tanto los prismáticos que el cuero del forro crujió.

Las imágenes que contemplaba eran concluyentes. Los «hombres de gelatina» estaban rodeando a Nancy.

Por si tenía alguna duda, aquellas bamboleantes y elásticas criaturas tomaron a Nancy en volandas y lenta y rítmicamente emprendieron el regreso a la «Super-Lombriz».

Barnett apartó los prismáticos de sus ojos, se inclinó sobre la valla y gritó en un alarido infrahumano:

—¡NO, NO, NANCY! ¡No permitas que te lleven, debes… debes regresar!

Pero la larga hilera de cuerpos traslúcidos fue penetrando lentamente en el vientre del monstruoso reptil.

Inmediatamente la luminosidad cesó.

Sam corrió locamente hacia el cuadro eléctrico y pulsó los botones del montacargas.

CAPITULO XII

Nancy descansaba sobre un pedestal de consistencia blanda.

Lo que veían sus ojos era excepcionalmente extraño, por completo ajeno a lo que sus sentidos habían percibido desde la niñez.

Quizá debiera sentirse aterrada, pero lo cierto era que no sentía ningún temor.

Numerosos «hombres de gelatina» la rodeaban, hieráticos, moviéndose apenas con una vibración casi imperceptible.

De improviso, Nancy notó que le ajustaban una especie de casco a la cabeza.

«¿Me van a practicar un encefalograma?, pensó, un tanto divertida.

Instantáneamente perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró experimentó una sensación placentera. Pero al abrir los ojos y contemplar el enorme rostro brillante que la miraba fijamente, no pudo evitar un grito de espanto.

Pero la pequeña rendija bajo dos orificios gemelos se movió apenas y Nancy oyó con toda claridad:

—Nada que temer, Nanyyyi.

La criatura que acababa de «hablar» era muy semejante a los «hombres de gelatina», pero poseía algunos datos distintivos: un tamaño doble que sus congéneres y una cresta sagital que se elevaba en su cráneo desde delante a atrás.

—¿Me... me conoces? —preguntó ella, turbada.

Los pequeños ojos orientables la contemplaron con atención.

—*Conoyyco tus sentimientos, Nanyyi* —pronunció la extraña voz—. *No miedddo, Nanyyi. Tú bien, aquí.*

Tras una leve vacilación, la criatura dobló el brazo en forma inverosímil —a Nancy le pareció un flexo— y se señaló a sí mismo tocándose con un tentáculo traslúcido la brillante frente. Y añadió:

—*Yo... Tee-Rank*

Nancy tragó saliva.

Advirtió que podía moverse libremente. Estaba sentada sobre una especie de rampa blanda inclinada hacia adelante y ¿Tee-Rank? ocupaba un artilugio semejante.

A su alrededor, la joven apenas podía ver nada. Es decir, sus ojos percibían contraluces de distintos tonos en aquel luminoso y cambiante panorama evanescente.

Era como... como si nada concreto se hallase al alcance de su mano. Incluso el enigmático y remoto Tee-Rank parecía fundirse, a veces, con las luces que veía desvanecerse frente a ella.

—*Yo... Tee-Rank. yo azzzepto tu rrregalo. Lead Mountain... ¿es bien?* —pronunció el excepcional «hombre de gelatina».

El espíritu de Nancy Mbolo se aligeró.

—Entonces... eso quiere decir que yo no me había equivocado. Necesitan el plomo que existe en gran cantidad en Lead Mountain —sugirió, gozosa.

E6Ffferdad —respondió Tee-Rank—, *Yo... ellos... agradecidos. Y un rrregalo para Nanyyi.*

—¿Cómo?

Tee-Rank movió la cabeza adelante y atrás varias veces.

Parecía encontrar gran dificultad para expresarse, pero al fin consiguió articular, aunque con torpeza:

—*Siiiií. Tee-Rank agradece. Tee-Rank rrregala a Nanyyyi... obsequio... Buena chica.*

La joven hinchó su pecho de aire.

—Quiere decir que... a cambio de mi información quiere... hacerme un obsequio —pronunció, confusa.

—*Ssssi. obsequio... Tú querer. Algo*

Nancy no sabía qué pensar.

Así que todo era real. Sus conjeturas habíanse convertido en algo más que meras suposiciones, la existencia de los «Viajeros del Universo» estaba comprobada.

Apenas podía creerlo, pero era cierto. Podía pellizcarse los brazos, mesarse los cabellos, mover las piernas, reír, llorar, suspirar.

Nada de fantasías, todo era real. Absolutamente real, a pesar de aquellas luces evanescentes que daban al espacio donde se encontraba una sensación fantástica.

—No me importa el regalo —exclamó de repente—. Yo, amiga —instintivamente imitaba el lenguaje sincopado y ele mental de Tee Rank—. Paz, todos amigos.

Tee-Rank movió la cabeza a izquierda y derecha, alternativamente. Parecía un gesto de suma complacencia.

—*Nanyyyi no ambición* —dijo—. *Nanyyi bon... buen chica*.

Poco a poco. Nancy iba sintiéndose cada vez más segura de sí misma.

—Sólo... sólo quería solucionar ciertos problemas. Y es que... amo a un hombre testarudo e incrédulo. Pero también... Bueno, los «Viajeros del Universo» fueron siempre amigos naturales de las gentes de mi raza.

Nuevamente se meció a izquierda y derecha la cabeza de Tee-Rank.

Y de repente, pronunció aquella extraña frase:

—*Antes... mucho tiempo después... nosotros también... hombres*.

Esta declaración impresionó profundamente a Nancy, que hubo de reflexionar durante un instante para asumir la idea.

—Tee-Rank, quiere decir que ¿ustedes no son seres humanos? —preguntó, con gran turbación.

Tee-Rank se concentró en traducir la respuesta.

Al cabo la estrecha rendija de su boca se movió apenas.

—*Sí cerebro iumano, sí entendimiento, sí sentimientos yyifilizados. No cuerpo. Cuerpo Tee-Rank fue... es sintético, inorgánico.*

La sangre de Nancy se enfrió.

—¡Dios mío! —exclamó, sin poder contenerse—. ¿Quiere... quiere decir que el cuerpo que yo estoy viendo sólo... sólo es una envoltura insensible?

Tee-Rank se movió hacia adelante.

—Ssssí. corrrrecto. Nanyyyi. Cerebro Tee-Rank se sirve de enfffolturrra no propia —confesó.

Oyendo esto, Nancy se encogió sobre sí misma.

La noción que acababa de escuchar no lograba penetrar fácilmente en su comprensión. Y, en cualquier caso, llevaba a su ánimo profunda inquietud.

Comprendiendo quizá su zozobra, Tee-Rank habló:

—No rnieddo. Nanyyyi. Nosotros… tú dices «Viajeros del Universo». bien, nosotros no malos. «Viajeros» justos, distribuidores de culturrra y buen… bienaventuranza, ¿tú sabes? No tener… teniendo cuerpo, habernos… tenemos un alto… ssssí, sentido de justicia, ¿tú comprendes, Nanyyyi?

La muchacha asintió, maravillada.

—Ahora lo comprendo. Boo, las regalos del fuego, el trigo y el algodón… ¡Boo los recibió de ustedes! —exclamó.

—Boo buen hombre, valiente, noble, fuerte. Necesitaba… obsequio. Fue buen regalo. Yo veía… vi a Boo, postrado en ladera montaña y… comprender —explicó el enigmático—. *El… gente suya… necesitaban alimentos… fuego. Yo di esto.*

Nancy fue incapaz de pronunciar una palabra.

Pensaba.

¿Quién podía hacer tales maravillas… sino un dios?

Tee-Rank debió comprender sus pensamientos, porque balanceó su cabeza de izquierda a derecha.

—Nosotros… «Viajeros»… no dios… Nosotros no casa, no país, no… planeta, no mundo, sólo viaje eterno toda ka… cosmos —dijo con su habitual forma de hablar gangosa y sincopada.

Siempre viajando. Incansablemente, a través de milenios, de Eras, de millones de años, infinitamente.

Nancy se sentía fascinada y… asustada.

—Nosotros… fffolfferemos —prometió Tee-Rank—. *No odio. Sí gratitud.*

A Nancy se le escaparon unas lágrimas indiscretas.

No pudo impedir incorporarse súbitamente y tender las manos a Tee-Rank, que no comprendió el gesto y permaneció inmóvil.

—*Tú, Nanyyyi, decir qué regalo* —pronunció el «hombre de gelatina».

Verdaderamente. Nancy no pretendía ninguna compensación, pero Tee-Rank parecía dispuesto, deseoso, inclinado a obsequiarla con algo. No sería correcto declinar el ofrecimiento de modo que…

El insensible y elástico cuerpo de Tee-Rank se alzó repentinamente. Algo cambió en la actitud de aquella criatura en un instante.

Volviéndose, Nancy ahogó un grito de espanto.

Varios «hombres de gelatina» portaban el cuerpo inánime de… Sam Barnett.

Con lentos y monótonos movimientos, las criaturas de lánguidos ademanes avanzaron y dejaron a Barnett sobre el asiento inclinado que había ocupado Nancy.

La muchacha se inclinó sobre el hombre y le examinó ansiosamente.

El rostro de Barnett tenía un tinte cerúleo. Sus facciones demacradas e inmóviles parecían el anuncio de la muerte.

—¡No puede ser! —gimió Nancy—, ¡No sería justo!

Pero cuando, temblorosa, se inclinó sobre el hombre y palpó su cuerpo lo halló tan frío como la misma muerte.

CAPITULO XIII

Sabía que era una temeridad, pero cuando vio desaparecer a Nancy, Sam Barnett se sintió enloquecido.

—No puedo perderla, ¡no! Debo hacer algo. Tengo que recuperarla, aunque...

Los cables del montacargas producían un chirrido muy desagradable al circular sobre las poleas mal engrasadas.

Al fin, cuando Sam se sentía al borde de la impaciencia, el ascensor se detuvo con un seco crujido al nivel del piso del túnel.

Separó el cierre de tela metálica, se introdujo en el aparato y pulsó el botón de descenso.

Sentía miedo. Un miedo cerval, profundo, más propio de animalillo que de un hombre consciente de sus propias posibilidades.

Miedo a lo desconocido, he ahí la expresión.

Pero Barnett estaba dispuesto a vencer al miedo, con tal... con tal de rescatar a Nancy.

Ahora, de pronto, los sentimientos habían salido a flote con fuerza avasalladora. Sabía que la amaba, que la necesitaba, que sin ella no valía la pena vivir.

El montacargas descendía con excesiva lentitud. Y el tiempo era un factor vital si quería estrechar a Nancy en sus brazos y decirle... decirle que no le importaban ya las diferencias raciales, ni los prejuicios, ni nada que no fuera ella misma.

La fuerte sacudida del montacargas al golpear contra la montaña de escombros le sorprendió.

Abandonó el aparato y descendió atolondradamente, resbaló y cayó dando tumbos sobra la inclinada pendiente de pedruscos.

Hubiera gritado de dolor, pero se aguantó. Era preciso evitar cualquier ruido que pudiera alertar a... a los increíbles «hombres de gelatina».

Había grandes zonas de sombra profunda, aunque el distante muro frontero apareciera perfectamente iluminado por la batería de

reflectores instalados arriba.

Echó a andar con precaución hacia la izquierda.

¿Dónde estaría la inquietante Super-Lombriz?

En la penumbra, volvió a tropezar con algo. Y cayó.

Antes de que lograse incorporarse, la caverna volvió a iluminarse con relumbres azuladas.

Y unos tentáculos viscosos y fríos apresaron sus muñecas y sus tobillos.

Una conocida sensación de intenso frío le embargó. Pero Barnett se resistió con todas sus fuerzas.

Entonces, nuevos tentáculos helados cayeron sobre sus miembros y le redujeron hasta que no pudo realizar el más ligero movimiento.

Comenzó a tiritar, mientras las extrañas criaturas se alejaban bamboleantes hacia la Super-Lombriz, llevándole en volandas.

Antes de que se aproximaran al gigantesco cuerpo cilíndrico, la temperatura corporal de Sam Barnett había descendido por debajo de los treinta grados.

Aún se mantenía semiinconsciente cuando el vientre de la Super-Lombriz se hendió.

Pero su temperatura seguía bajando y bajando.

—Voy… voy a morir… congelado —pensó.

Sufrió un sincope y dejó de poseer consciencia.

El vientre del gran cuerpo cilíndrico se cerró y la caverna quedó en penumbras.

* * *

—¿Quién… él?

Tee-Rank contemplaba fijamente al hombre postrado sobre el raro asiento.

—Es… el hombre testarudo y adorable al que amo con todas mis fuerzas —gimió Nancy—. Pero ahora… ahora todo es igual. ¡Está muerto!

Inclinada sobre Sam, le abrazó y besó apasionadamente, como si sus caricias pudieran devolverle la vida.

Pero Barnett continuaba inmóvil, rígido y yerto.

Su cuerpo estaba tan frío, que su frialdad comenzó a comunicarse a Nancy, la cual, rompió a tiritar violentamente.

Cerró los ojos, abrazada a Sam. Deseaba morir. ¿No era la mejor solución, puesto que él no existía ya?

Alguien la tocó en la espalda.

Se volvió. El brazo largo, brillante y flexible de Tee-Rank se apoyaba en ella.

—No muerto. Nanyyyi —dijo.

Ella se incorporó como una tigresa.

—¿Cómo...? ¡Lo estoy viendo con mis propios ojos! ¡Está muerto, frío, sin vida! —chilló, desesperadamente.

—No muerto. Tú... das... le diste el calor necesario. Ahora. Testarudo vuelve a la vida. Espera tú un... un momento.

La joven retrocedió, estupefacta.

—¿Que no está muerto... que yo le he...?

—Testarudo adorable vuelve con... contigo. Tú verás... rápido —afirmó el sorprendente «hombre de gelatina».

Nancy miró al hombre que reposaba inmóvil sobre el blando asiento.

Algo había cambiado. ¡Sus facciones se habían coloreado!

Y su nariz... ¡las aletas de su nariz se habían distendido levemente! Apenas un movimiento imperceptible, pero era un signo de vida.

Nancy se inclinó sobre él. No se atrevía a tocarle, pero la voz de Tee-Rank le impulsó a hacerlo.

—Abraza tú a Testarudo Adorable... El vivir... ¡Ahora!.

Barnett parpadeó.

—Llévatelo —sugirió Tee-Rank—. Paz y amor tú y Testarudo Adorable. Yo saber regalo conveniente ambos ¡Tú llevas a Testarudo,

prisa!.

Impelida por el tono urgente de Tee-Rank. Nancy se inclinó y pasó un brazo bajo el cuello de Sam Barnett, que atontado, se dejó llevar.

Entonces Nancy se volvió y dirigió a Tee-Rank una mirada llena de agradecimiento.

—Paz y gratitud, Tee-Rank. Nunca olvidaré —dijo.

Y soportando animosamente el corpachón del «Testarudo Adorable» caminó sin rumbo fijo.

Nunca sabría en qué momento se encontró caminando sobre el piso rocoso de la caverna.

Ni siquiera miró atrás.

El cuerpo de Sam pesaba demasiado, pero a los pocos minutos él pareció más despejado y su paso se tornó más seguro y aplomado.

Así, poco a poco, llegaron a la cumbre de peñascos e iniciaron la ascensión.

Súbitamente, el hombre se detuvo.

Sus fuertes manos apretaron el talle de Nancy la mujer a la que amaba desesperadamente.

—¡Nancy, estás aquí! —exclamó, pasmado de asombro—. Pero yo... Esos seres de gelatina... Tú estabas...

Ella le impulsó a seguir adelante.

—No te preocupes por eso. Estamos juntos. ¿No es lo que ambos deseábamos?

Sam asintió con un gesto cansado, pero animoso.

—Tienes razón, es lo único importante. Confieso que me siento mortalmente fatigado. Necesito... por encima de todo dormir.

Nancy le introdujo en el ascensor con cuidado, cerró la banda de tela metálica y oprimió el botón de ascenso.

Poco después estaban arriba y se acomodaban en el triccar que había traído Sam. Pero en cuanto se dejó caer sobre el asiento, Barnett quedó dormido como un tronco.

Ella le contempló un instante con emoción y ternura.,

—Adorable testarudo —susurró con voz, cálida y vibrante.

Puso en marcha el vehículo y lo condujo despacio hacia el exterior. Por nada del mundo hubiera permitido que Sam se despertase.

* * *

El sol penetraba a raudales por la ventana de su cabina.

Nancy se removió en la cama, murmuró algo entre dientes, se abrazó a la almohada y... volvió a dormirse gozosamente.

No transcurrieron muchos minutos.

Poco después, alguien golpeaba impacientemente la puerta.

—¡Despierta. Nancy, despierta!

Ella abrió un ojo, parpadeó, dio media vuelta en la cama y se adormiló.

Pero fuera siguieron golpeando y alborotando, hasta que la mujer comprendió que no tendría más remedio que levantarse y abrir.

Desnuda bajo el fino camisón, atravesó la estancia, salió al pasillo y abrió.

Sam Barnett penetró en la cabina como un huracán.

—¡Dios mío, están ocurriendo prodigios y tú sigues en la cama tan tranquila! —chilló él, sumamente excitado.

—¿Qué clase de prodigios? —ronroneó Nancy, perezosa.

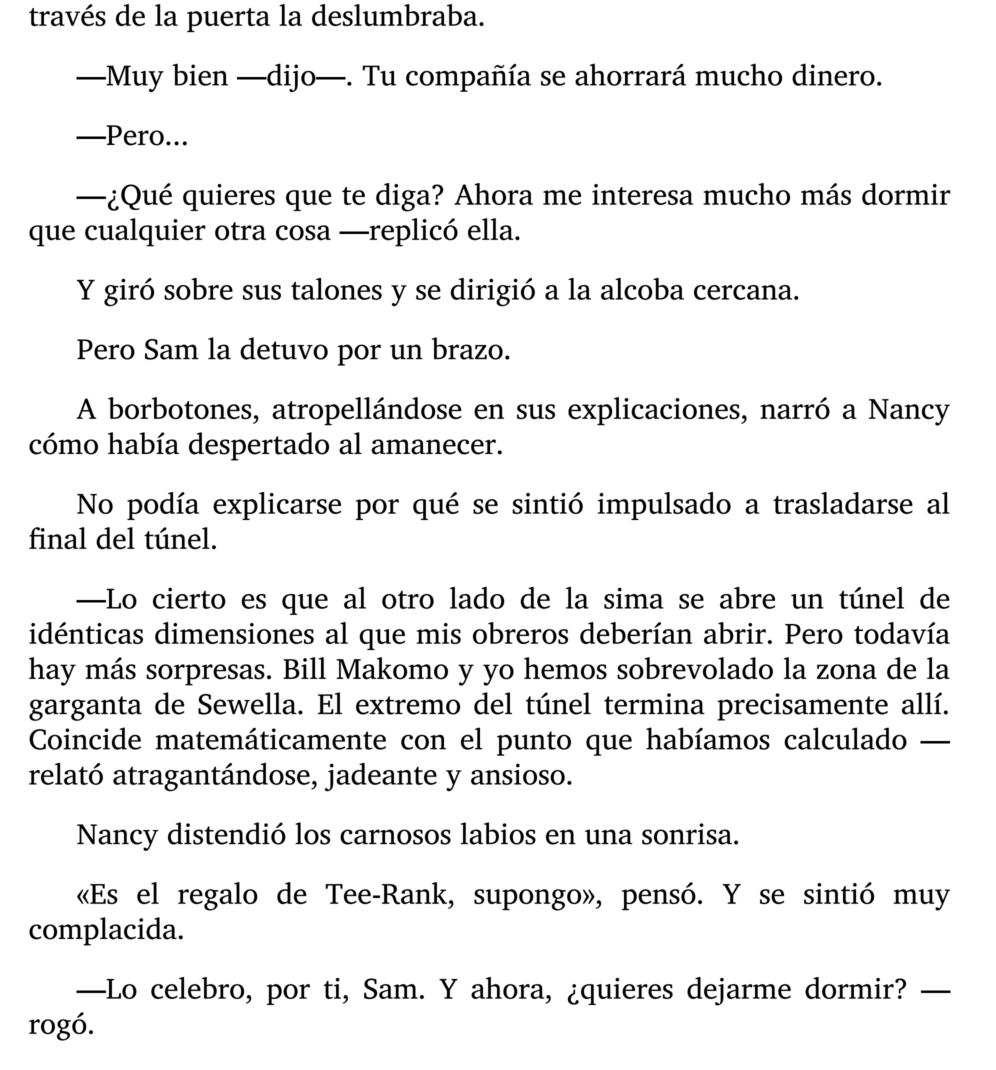
—¡Algo inaudito, increíble! Al otro lado de la caverna ha aparecido un túnel que atraviesa la montaña en todo su espesor.

—Espléndido. Me vuelvo a la cama. Estoy muerta de sueño.

Sam la tomó por los hombros, incrédulo.

—Pero ¿no entiendes lo que te digo? ¡Es algo milagroso! Como... como si alguien se hubiera anticipado a hacer exactamente lo que sólo me incumbe a mí... A ver si lo comprendes. Sea como fuere, el túnel está terminado... ¿Es posible creer algo así? ¡Pues pásmate: es la pura verdad!

Nancy guiñó el ojo derecho. El fuerte resplandor que penetraba a



través de la puerta la deslumbraba.

—Muy bien —dijo—. Tu compañía se ahorrará mucho dinero.

—Pero…

—¿Qué quieres que te diga? Ahora me interesa mucho más dormir que cualquier otra cosa —replicó ella.

Y giró sobre sus talones y se dirigió a la alcoba cercana.

Pero Sam la detuvo por un brazo.

A borbotones, atropellándose en sus explicaciones, narró a Nancy cómo había despertado al amanecer.

No podía explicarse por qué se sintió impulsado a trasladarse al final del túnel.

—Lo cierto es que al otro lado de la sima se abre un túnel de idénticas dimensiones al que mis obreros deberían abrir. Pero todavía hay más sorpresas. Bill Makomo y yo hemos sobrevolado la zona de la garganta de Sewella. El extremo del túnel termina precisamente allí. Coincide matemáticamente con el punto que habíamos calculado —relató atragantándose, jadeante y ansioso.

Nancy distendió los carnosos labios en una sonrisa.

«Es el regalo de Tee-Rank, supongo», pensó. Y se sintió muy complacida.

—Lo celebro, por ti, Sam. Y ahora, ¿quieres dejarme dormir? —rogó.

Barnett la contempló, estupefacto.

—¿Cómo? ¿Es que piensas seguir durmiendo?

—¿Por qué no? Estoy cansada. Necesito descanso —arguyó ella.

—Espera… Todo esto es muy extraño. Tú no pareces muy sorprendida por el hecho de que diez kilómetros de túnel se hayan perforado por sí solos, se diría que estás en el secreto, que me guardas algo, que…

—Adorable testarudo —le recriminó ella cariñosamente—. ¿Por qué en vez de hacer tantas preguntas no me dejas dormir un rato más?

Sam dirigió una furtiva mirada hacia el lecho. Vaciló un momento,

pero en seguida se decidió.

Súbitamente, Nancy se sintió besada tan ardorosamente que perdió la respiración.

El hombre la tomó en volandas y la llevó a la alcoba, donde depositó a Nancy con todo cuidado.

—¡Sam! ¿Qué piensas hacer? ¿No crees que haces falta allá, en el tajo? —gritó ella, falsamente asustada.

Pero Barnett se inclinó sobre ella, apoyó ambas manos en su busto y susurró:

—Todo puede esperar... menos esto.

Y sus manos descubrieron lentamente la morena maravilla que velaba el fino camisón.

* * *

Un año después, y precisamente en el mes de julio, Sam y Nancy Barnett fueron a gozar de un tranquilo fin de semana al parador del Parque Singa, al sur del Kilimanjaro.

Después de una agitada jornada deportiva, Sam encargó una cena a base de fiambres y champán, que les fue servida por dos amables camareros de color en una de las terrazas elevadas desde la cual se divisaba, magnífico, el borde sur de la cordillera.

La cena, exquisita, se alargó hasta las doce de la noche. En la terraza sólo quedaba ya el matrimonio Barnett.

Nancy estaba poniendo un Players en los labios de su esposo, cuando brincó sobre su asiento.

—¡Sam! —exclamó—. Ahora que lo recuerdo... ¿sabes cuál es el nombre de esa montaña que brilla a la luz de la luna?

Barnett aspiró el humo de su cigarrillo y se recostó cómodamente en su butaca.

—¿Cómo, querida? —preguntó, distraído.

—Es Lead Mountain, la Montaña de Plomo —bajó el tono de su voz y añadió en un susurro—: ¡Sería magnífico que esta noche pudiéramos ver a los «Viajeros del Universo» a bordo de una de sus impresionantes «serpientes voladoras».

Sam dejó escapar una risita burlona.

—Vamos, vamos. Nancy… Ni siquiera estoy seguro de que todo aquello ocurriera. Creo que todos sufrimos una extraña, una tremenda alucinación. Por fortuna, el túnel de Mount Kooran está terminado y nunca más tendremos que ocuparnos de ese asunto. Olvídalo —recomendó.

Ella se mordió los labios, irritada.

—Eres un incrédulo, un maldito testarudo. ¿Es que no tuviste pruebas suficientes de que…?

Bruscamente la expresión burlona de Sam Barnett cambió.

Nancy le vio primero quedarse absorto, para seguidamente reflejar en sus facciones una intensa admiración.

—¡Mira eso! —gritó el hombre.

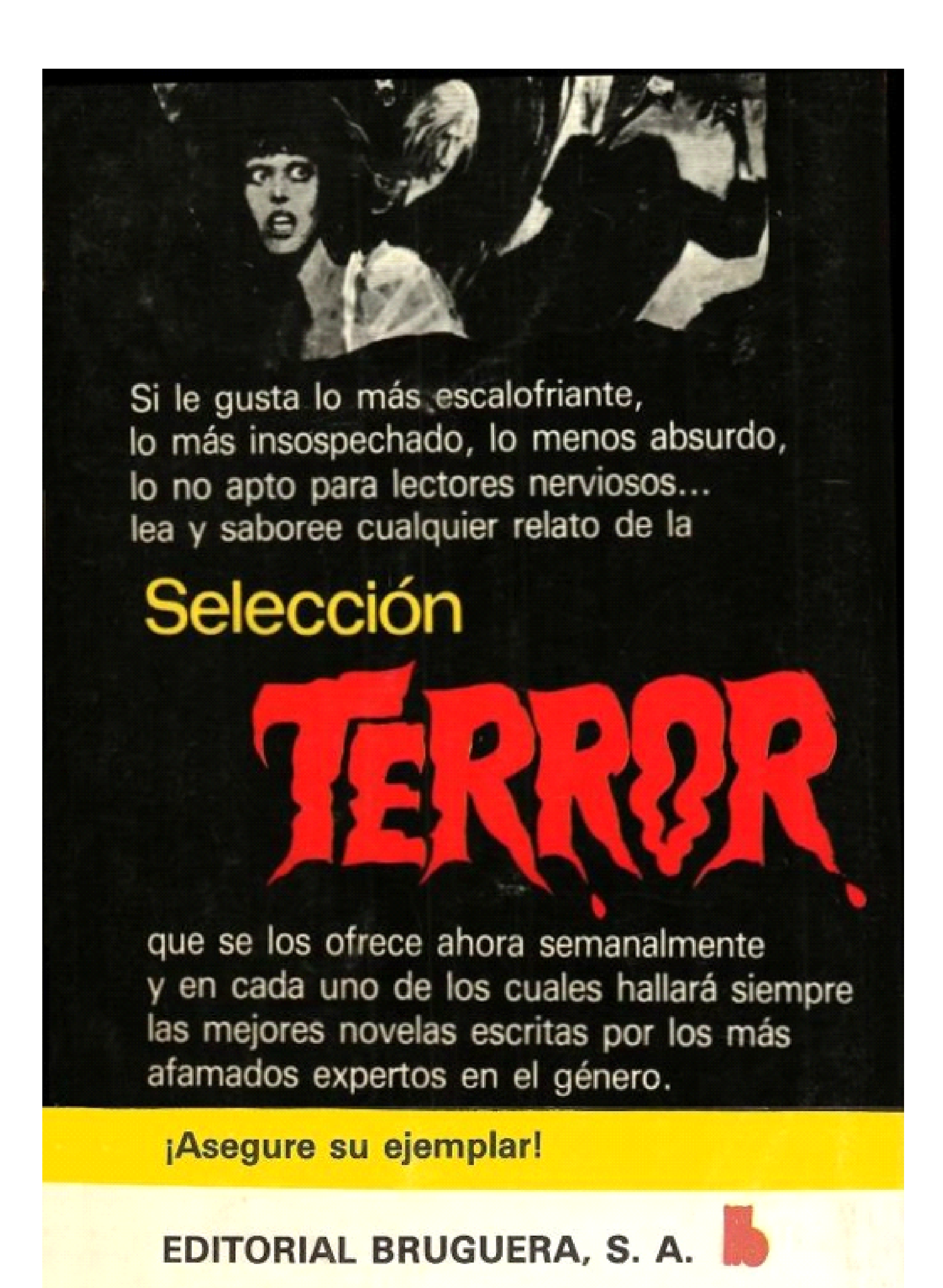
Nancy se volvió de un salto y vio lo que su marido le señalaba.

De entre los celajes vaporosos de un banco de nubes acababa de brotar una sinuosa línea plateada que atravesó el firmamento a velocidad fulminante y desapareció tras la mole de Lead Mountain dejando tras de si una estela azulada que permaneció flotando en él éter durante unos segundos.

Fascinada. Nancy se volvió hacia su marido, le dio un tirón de orejas, descendió hasta besarle y susurró triunfalmente:

—Adorable, pero testarudo.

F I N



([1]1) Montaña de Plomo, en inglés.